The background of the cover is a photograph of a sunset over the ocean. The sun is a bright, glowing orb on the horizon, casting a warm orange and yellow light across the sky. A thin crescent moon is visible in the upper right portion of the sky. The water in the foreground is dark with gentle ripples, reflecting the light from the sun.

El reino de Tudmir Aurariola

Miguel Barcala Candel

El reino de Tudmir
Aurariola

Primera edición: octubre, 2001
Segunda edición: noviembre, 2002

© Miguel Barcala Candel, 2001

Impresión: A.G. Luis Pérez S.A.

ISBN: 84-607-2630-4

Depósito legal:

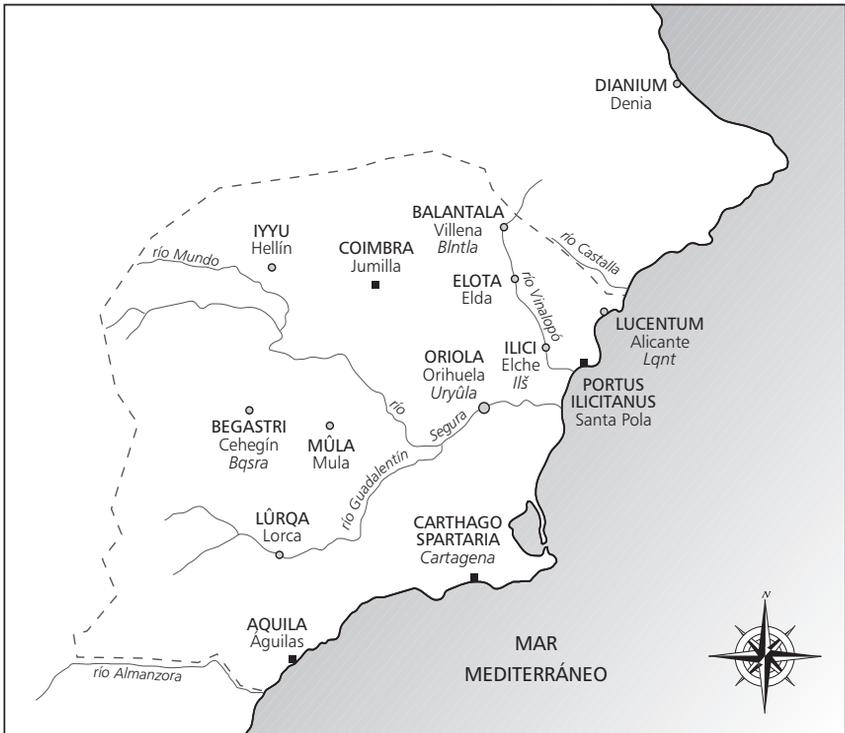
Impreso en España
Printed in Spain

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

El reino de Tudmir Aurariola

Miguel Barcala Candel

*A mi esposa, María Luisa
López Lizón, por su amor,
comprensión y paciencia*



Escala gráfica

TERRITORIO CAPITULADO CON TEODOMIRO

- - - Límites aproximados del territorio.
- Plazas mencionadas en las diferentes versiones del Pacto.
- Poblaciones coetáneas no mencionadas en el Pacto.

Nací a cien metros del Mediterráneo. En aquel tiempo, Palangre se encontraba en el término municipal de Orihuela. Fui bautizado e inscrito en Torrevieja, por comodidad de mis padres. Durante los dos últimos siglos, mi familia paterna intervino en los eventos y política de Orihuela. Mi esposa y mis dos hijos mayores nacieron en Orihuela ciudad. Mi madre nació en Santomera, lugar a doce kilómetros de Aurariola y que, en los tiempos de la historia, también se encontraba en la Civitate.

Por todo lo anterior, y por cariño, ofrezco este pequeño homenaje a la tierra en que nací.

Madrid, junio de 2001

El autor

I

El año 669 de la era del Señor y dieciséis del reinado de Receswinto, se estaba mostrando generoso con Aurariola, y en especial, con la familia de los Gabdus; por una parte la victoria naval de la flota del emperador Constantino IV sobre las fuerzas del sultán Muhawiya I en aguas de Chipre, había abierto de nuevo las rutas comerciales con Constantinopla, lo que auguraba un aumento del precio del trigo y sobre todo del esparto, del cual se sabía estaban muy necesitados los bizantinos para equipar sus naves. Cuando el arconte Régulo llegó de Portus Ilicitanus¹ con la buena nueva de la victoria, todos se peleaban por escuchar de sus labios los detalles de la batalla. Con todo, cuando el arconte dio detalles pormenorizados de la victoria, y se supo que ésta, en parte, se había logrado gracias a un líquido milagroso que ardía sobre el agua y nada era capaz de apagarlo, y al cual los bizantinos llamaban «fuego griego», un cierto temor se extendió entre la población, al pensar si, con este poderoso medio, los bizantinos no intentarían de nuevo apoderarse de Carthago Spartaria, pese a que allí, sólo existían ruinas, desde que al recuperarla Sisebuto, la mandó demoler por completo a fin de que los bizantinos no la volviesen a tomar por mar. Mientras los godos e hispano-romanos temían tal posibilidad, pues no en vano padecieron los estragos de la guerra durante sesenta años, los muchos griegos que procedentes de las Themass habían quedado en la región, gracias a la magnanimidad de Sisebuto, quien los rescató de su propio peculio cuando ya habían sido repartidos como esclavos, se alegraron ante la posibilidad que los otros temían, sintiéndose orgullosos, además, de que fuese un griego, el arquitecto Calínico, quien hubiese descubierto un líquido tan maravilloso.

1 Portus Ilicitanus: Santa Pola.

En segundo lugar, aquel año había deparado la dicha que, los obispos de Elota¹-Ilici² y de Begastri³, ambos aliados de los nobles tiufados⁴ contra el poder central del monarca de Toletum, hubiesen acordado una tregua con el rey.

A todas estas venturas se había sumado el tiempo, con mansas y copiosas lluvias caídas en el momento propicio. Las mieses abundantes se pudieron recoger en paz, y el fantasma del hambre desapareció. Llegado septiembre, las tan temidas y periódicas inundaciones producidas por el río Thader⁵ no se produjeron, y en cambio, Dios bendijo las tierras con suaves lluvias que mulleron los barbechos y auguraban un feliz año. El fango no cubrió las tierras de labor ni los canales de riego se cegaron con él; el duro trabajo de limpieza, que agotaba a las gentes y producía enfermedades, no tendría que hacerse aquel año; se podrían desecar nuevos marjales y el próximo cultivo sería más abundante; los árboles frutales no serían atacados por la goma y la prosperidad retornaría de nuevo.

Para los Gabdus, todo había sido venturas aquel año. Las tres naves de la familia habían regresado de oriente cargadas de mercancías de gran valor; las tierras dieron óptimos frutos, y, por fin, lo que ya parecía imposible se había producido; tras quince años de matrimonio, Ana, la esposa de Gabdus, había dado a luz un niño.

Como siempre sucede, el hombre es incapaz de ser feliz; no sabe gozar la dicha; mira tanto al pasado y al futuro, que la felicidad presente se le escapa de las manos casi sin gozarla, y así, tan pronto la madre se encontró bien, se entabló una enconada discusión a causa del nombre que se impondría al recién nacido. El padre, descendiente de una de las familias nobles «contestanas», reclamaba para su hijo un nombre acorde con su condición; la madre, de pura raza goda, aparte de su deseo personal, aducía y no sin razón, la conveniencia de un nombre que le facilitase alcanzar puestos relevantes entre los dominadores godos, y por fin la abuela, griega de nacimiento, exigía que el nombre fuese griego, pues no en balde fue gracias a ella que la familia era rica, pues su padre le dio como dote, el barco que había sido la base de la presente flota de los Gabdus.

Fue en aquella ocasión, cuando tuve la suerte de ganarme la primera estima de la familia. Yo había entrado al servicio de los Gabdus, como escriba, hacía sólo dos meses. Era un joven avispado según el decir de las gentes, bastante inteligente aunque más dado a juegos y francachelas que a los estudios. Sólo a fuerza de palos y castigos, mi padre había logrado que terminase mi formación, y no es que no me

1 Elota: Elda. 2 Ilici: Elche. 3 Begastri: Cehegín.

4 Tiufado: Noble goda exento de tributar al erario público. 5 Thader: Segura.

gustasen los estudios, sino que, a aquella pronta edad, prefería con mucho los juegos y aventuras. Por suerte, en mi caso, mi padre al morir se llevó la llave de la despensa, tal como suele suceder en muchas familias, y fueron tantas las calamidades y tanta el hambre por la que pasé, que esta lección no se me olvidó nunca, y lo que no pudieron conseguir las recomendaciones, golpes y castigos que mi padre me aplicó, lo consiguió fácilmente el hambre y la miseria. Desde entonces la cordura entró en mi cabeza, y espero que con la voluntad de Dios, no me abandone hasta mi muerte, que pluga al Señor, cuanto más tarde mejor.

Como iba diciendo, al encontrarme en medio de la discusión familiar, tal vez llevado por mi inexperiencia, me atreví a intervenir:

—Señor, si se me permite, yo creo que puedo resolver en parte el problema.

El silencio que se produjo, contrastaba tanto con la anterior algarrabía, que cuando Gabdus me dio el permiso solicitado, estuve un rato sin poder articular una palabra, tal era mi nerviosismo.

—Mi señor, está claro que tres nombres diferentes no pueden darse al niño, pese a que así quedarían todos complacidos, pero estimo existe un nombre, que por lo menos, podría ajustarse a dos de los deseos...

—Habla de una vez, ¡condenado escriba!, ya que te has atrevido a inmiscuirte en lo que nada te atañe —me interrumpió Gabdus, visiblemente irritado.

—Señor —me apresuré a responder—, Theodimer es un nombre godo que latinizado se convierte en Theodomirus, el cual a su vez se parece mucho al nombre griego Teodomiros; si se escoge este nombre, cada cual puede nombrarle como guste, sin que por esto se produzca una gran confusión. Tiene, además la ventaja que, el niño más tarde, podrá escoger uno u otro según le convenga en el futuro.

Aunque a mi amo no le gustó mucho la solución, las dos mujeres lograron convencerle, y así fue como la paz y la alegría volvió a la casa, y como a mí, me cupo la honra de escoger el nombre de mi señor.

—Cástulo, avisa al Comes que el judío Isaac desea verle urgentemente.

El jefe de la guardia había entrado bruscamente en la estancia donde se encontraba Cástulo escribiendo, y que hacía de antesala a las dependencias personales de Teodomiros.

Cástulo conocía que el judío Isaac era la persona que la comunidad israelita había designado para informar de cuantas noticias de interés llegasen a su conocimiento, y por ello, Teodomiros había ordenado, que siempre que se presentase en palacio, fuese introducido sin demora a su presencia.

Desde el primer momento que Teodomiro fue nombrado Comes de la Civitate de Aurariola, habiendo sido siempre contrario, a las persecuciones y leyes que contra los judíos se habían dictado, por considerarlas perjudiciales para el país, ya que en manos de estos se encontraban la mayoría de los oficios, así como el comercio, había reunido a los notables judíos de la ciudad haciendo un pacto secreto con ellos, por el cual, Teodomiro se comprometía a no aplicar lo dispuesto contra los judíos, si bien cubriendo las apariencias, mientras que estos debían poner todo su esfuerzo en bien de la provincia de Aurariola, y, sobre todo, de informar personalmente al Comes, de cuanta noticia importante llegase a su conocimiento. Consideraba Teodomiro, que la información era vital para una buena gobernación, y que disponer de la red de información judía, junto a la suya propia, le permitiría con toda seguridad anticiparse a los acontecimientos.

Cuando Cástulo acompañando a Isaac entró en la estancia, Teodomiro se encontraba mirando el valle regado por el Thader, a través de un vitral. Contaba a la sazón 26 años, siendo de alta estatura; desde lejos no se adivinaba su recia osamenta dado el perfecto equilibrio entre todos sus miembros; su cabellera castaña y cuidada barba, enmarcaban un rostro donde la nariz un poco aguileña y los ojos de un intenso azul, destacaban sobre su piel de un suave bronceado propio de los hombres de mar; sus manos grandes y curtidas, que en aquel momento apoyaba sobre el alfeizar de la ventana, parecían tener vida propia pese al estado de reposo en que se encontraban; bajo los amplios pliegues de las mangas de su túnica, se adivinaba una fuerte musculatura desarrollada por el ejercicio y el esfuerzo de las armas, en cuyo manejo sobresalía por su destreza en todo el reino.

Volvióse lentamente al escuchar el ruido que produjo la puerta al cerrarse, y con voz profunda y armoniosa preguntó.

—¿Y bien, Isaac, qué nuevas tan urgentes me traes, que te presentas a hora tan inoportuna?

—Mi señor, por las noticias que escucharás, tú mismo juzgarás de la importancia y urgencia de las mismas, a la vez que comprobarás lo fieles y útiles que los judíos somos para contigo, y esperamos una vez más, que intercedas cerca de nuestro buen rey Égica a fin de que suavice las condiciones de vida de nuestros hermanos en las otras provincias del reino, tal como tú, en tu bondad, haces en Aurariola.

—Bien sabes que, en cuantas ocasiones me comunico con el rey, intercedo por vosotros, y que, no es tanto la voluntad del rey sino la de los nobles tiufados, así como de los obispos, la que está en contra de vosotros. Tú mismo conoces cuántas son las quejas que los obispos de Elota y Begastri, hacen llegar al rey por mi trato con vosotros.

—Conocemos de tu magnanimidad y es por ello que te servimos fielmente. Tan sólo hace unas horas que nuestro hermano Simón ha llegado de Carthago, y me ha faltado el tiempo para informarte de cuanto sé. Según nuestros informes, el pasado mes de enero se reunió el Basileus Justiniano II con su consejo y llegaron a la conclusión de que la única forma de defender Carthago contra el empuje de los musulimes, es conseguir una base próxima que les permita abastecer Carthago por mar, ya que sus bases en Itálica están muy alejadas para poder ser eficaces sobre todo en invierno. Conocen que el sultán Abd al Malik ha dado la orden a Musa ibn Nusayr, de no volver a atacar Carthago, en tanto no someta por completo a los bereberes en su retaguardia; y en Constantinopla estiman que esto les llevará más de un año, tiempo que consideran suficiente para apoderarse de Carthago Spartaria, fortificarla y consolidar su base de apoyo a Carthago. Además, estiman que al apoderarse de las minas de plata, la campaña y posterior abastecimiento de Carthago les saldrá casi gratis, hecho éste muy importante, puesto que las arcas del Basileus no se encuentran sobradas de oro.

—Tu relato, Isaac, aunque muy pormenorizado, no me parece que pueda ser cierto. Yo estimo en mucho la inteligencia de los griegos, para aceptar que éstos se decidan a tener dos enemigos a la vez, con lo que tendrían que dividir sus fuerzas, aparte que las obras que se verían forzados a realizar en Carthago Spartaria para fortificarla apropiadamente, caso que nos venciesen inicialmente, no podrían estar terminadas en un año.

—Comes, te ruego disculpes cuanto voy a decir, pues en realidad no seré yo quien hable, sino que mi boca sólo hará repetir cuanto en Carthago y Bizancio se dice sobre el reino godo —Isaac aguardó un gesto de aquiescencia de Teodomiro y prosiguió—: En la corte de Constantinopla se piensa, que lo que existe en Hispania es prácticamente una guerra civil; que una vez que Ervigio aceptó en el concilio Toletanus XIV la derogación de la ley militar de Wamba, ningún noble ni obispo acudiría al llamamiento del rey, en caso de ataque, y que incluso, el mismo rey no vendrá a ayudarte, por miedo a que en su ausencia, los nobles partidarios de la casa de Chindaswinto, nombren un nuevo rey derrocando a la casa de Receswinto, y que, por tanto, las únicas fuerzas que se opondrán a su establecimiento, serán las que tú Comes de Aurariola, puedas enfrentarles. Además, confían que la numerosa colonia griega repartida por toda Aurariola, se les una tan pronto hayan logrado apoderarse de Carthago Spartaria.

—¡Maldito judío! ¡Niega que toda esa preciosa información no ha sido suministrada a los bizantinos por tus hermanos de raza! —explotó

Teodomiro, quien tuvo que hacer un prodigioso esfuerzo para no golpear al judío y volver a controlarse—. Puesto que tu información es tan completa, te exijo me digas en qué fecha piensan los griegos atacar, y cuáles son los efectivos de que dispondrán.

—Señor, te ruego que no pagues con tu enojo mi servicio —respondió Isaac sin inmutarse—. Los judíos que permanecemos en Hispania, nada tenemos que ver con la posible información que reciban los bizantinos.

—¡De acuerdo, de acuerdo! Reconozco que mi ira no estaba justificada en vuestro caso —le interrumpió Teodomiro—, pero responde a mi pregunta.

—Al parecer los bizantinos intentan conseguir veinte barcos de guerra y cuarenta de carga. Parte de la flota se hará a la mar primero para abastecer Carthago, y luego se reuniría con el grueso de la flota en Rávena. Todos los preparativos parecen indicar, que la expedición se hará a la mar, tan pronto los tiempos bonancibles de la primavera lo permitan.

—Te doy las gracias por tu información, y espero que me tengas al corriente de cuanto detalle llegue desde Carthago —y luego dirigiéndose a Cástulo añadió—: Acompaña a Isaac a la puerta y haz que se envíe una azumbre de vino a su casa. Tan pronto hayas terminado, vuelve, pues preciso escribir a Toletum.

Cuando Cástulo entró de nuevo en los aposentos de Teodomiro, encontró a este completamente ensimismado, hasta el punto, que ni el ruido de la puerta pareció hacerle volver de sus pensamientos. Cuando por fin se dio por enterado de su presencia, comenzó a hablar como si lo hiciese consigo mismo.

—Cástulo, temo que el judío tenga razón, y lo temo tanto si llegado el momento los bizantinos nos vencen y se establecen en Carthago Spartaria, como si por el contrario somos nosotros los vencedores. Tú conoces, por nuestra estancia en oriente, el ardor y fiereza con que los musulimes van a la batalla, están conquistando el mundo y tan pronto venzan el baluarte de Carthago los tendremos en la península, y, o mucho me equivoco, o seremos vencidos por los musulimes, pues el pueblo está divorciado de las clases dirigentes, y éstos a su vez del monarca. Tiene razón el judío cuando afirma que Hispania está prácticamente en guerra civil, aun peor, es un país sin fe ni esperanza. Todas mis acciones de reforma chocan con la incomprensión de los tiufados, quienes sólo han asimilado las costumbres romanas que llevaron al imperio a la ruina, y no las virtudes que hicieron grande a Roma. El rey mismo sólo piensa en no perder la corona y que su hijo pueda sucederle, y a ese objetivo, sacrifica todos los intereses de la nación. Si

en este momento yo fuese rey, pactaría con los bizantinos concediéndoles una plaza en Hispania que les permitiese abastecer en hombres y vituallas a Carthago, e incluso, si fuese necesario, ayudaríamos a los bizantinos contra el sultán.

—¿Señor, por qué no vais personalmente a Toletum y a la vez que informáis a su Majestad de las nuevas, intentáis convencerle de la conveniencia de un acuerdo con los griegos? Creo que aún habría tiempo de enviar una embajada a Constantinopla.

—Conozco suficientemente bien a Égica, para estar seguro que mi desplazamiento a Toletum sería completamente inútil, pues su aversión a los griegos, tras el levantamiento del Comes Paulus, raya en lo patológico, y a los árabes los considera unos salvajes de los que nada se ha de temer. Tú sabes los esfuerzos que me costó convencerlo para formar la pobre flota que tenemos, y sin la cual, ninguna esperanza quedaría de producirse el ataque anunciado. Por otra parte, si la información del judío es cierta, y yo me inclino por admitirla como tal, es indispensable que nos apresuremos a construir más barcos de guerra, para lo que mi presencia aquí resulta completamente indispensable. Toma oficio de escribir, pues debo informar al rey de cuanto se nos ha comunicado. Le expondré mis ideas sobre la posible colaboración con Bizancio, pese a que estoy seguro que las rechazará.

Antes de salir del zaguán del Palacio de Teodomiro, Isaac se asomó con cautela, ya que no deseaba que nadie le viese salir. Su misma indumentaria pretendía que nadie se fijase en él. Aún recordaba el tiempo en que pudo lucir sus largos tirabuzones, de los que su madre se sentía tan orgullosa. ¡Aquellos eran otros tiempos! Las leyes godas se habían ido endureciendo hasta llegar a límites insospechados, y lo prudente era no hacerse notar como judío, evitando las iras del populacho. Apresuró el paso pues faltaba poco para que se iluminaran las tres estrellas anunciadoras del comienzo del *sabbath*¹. Aquella noche, además, esperaba conseguir *Minyan*² en su casa al terminar la cena.

Fue su mujer Raquel quien le abrió la puerta y vio que su hijo ya se encontraba en casa cumpliendo su promesa de olvidarse de sus enfermos por aquella noche.

—¿Qué tal la entrevista con el Comes? —Le preguntaron al unísono su hijo Zaquén y su mujer. Por su acento y tono, se notaba que se encontraban nerviosos por la reacción que la noticia podría haber causado en el

1 *Sabbath*: Sábado.

2 *Minyan*: Quórum de diez judíos o más, necesarios para que se pueda rezar una oración pública.

Comes; de ello dependía que su pueblo sufriese o no, nuevas penalidades.

—En principio reaccionó con rabia hacia nosotros, acusándonos de ser informadores de los helenos, y si bien lo negué, él es lo suficientemente inteligente para comprender que la opresión goda es tan dura que no puede esperar que los judíos sintamos simpatías por ellos, pero pronto se dio cuenta de que la información que le transmitía era muy importante para él, y que los judíos de Aurariola cumplimos lo prometido al Comes desde que volvió de Toletum en su nueva dignidad. Me hizo prometer que le tendría informado de cuanta noticia llegue a nuestro conocimiento.

—¿Te preguntó por mí? —volvió a inquirir Zaquén.

—No, la noticia le preocupó tanto, que incluso de ti se olvidó.

La respuesta de Isaac le hizo comprender a Zaquén, lo importante que Teodomiro consideraba tanto la expansión del Islam como la acción que los helenos se proponían ejecutar para ayudar a la ciudad de Carthago; puesto que Teodomiro era amigo suyo desde la infancia y no se interesó por él.

Entre tanto, Raquel no había cesado de preparar la mesa para celebrar la cena del *sabbath*. Ya había encendido las tres luces de aceite, puesto que la oscuridad estaba a punto de invadirlo todo, mientras comenzaba un bamboleo casi imperceptible a la vez que murmuraba entre labios las primeras oraciones.

Se sentaron los tres a la mesa, e Isaac entonó las primeras oraciones del *Berachot*¹, mientras partía la hogaza de pan y la distribuía, tras de lo cual tomó un sorbo de vino y lo pasó a Zaquén quien, a su vez, comenzó a rezar su acción de gracias.

Raquel pasó el pollo cocido con verduras, acompañado con un pudín de arroz con pasas y azafrán.

La luz seguía encendida en el alféizar de la ventana llamando al *Minyan*. No habían terminado aún de cenar cuando los primeros convocados por la luz de la ventana se fueron presentando. Todos venían con los trajes de ceremonia propios de la celebración del *sabbath*.

Abierta la Torá², el rabino Zabulón empezó a leerla, aunque bien se notaba que el pasaje que leía se lo sabía de memoria y no hubiese necesitado los rollos de la Torá. Todos se unieron a su recital finalizando la celebración entonando el canto sin palabras, conocido como el *Niggun*.

Acabada que fue la celebración Isaac se reunió en un rincón con tres de los más principales e intercambiaron noticias sobre cuanto estaba aconteciendo, tanto en Hispania como en el norte de Ifriqiya³ y Bizancio.

1 *Berachot*: Oraciones que se dicen para bendecir los alimentos y el vino y dar gracias a Dios, por ellos.

2 Torá: Pentateuco de la Biblia.

3 Ifriqiya: África.

Unos fuertes golpes se dejaron sentir en la puerta a la vez que una voz femenina acongojada gritaba solicitando la ayuda del médico. Zaquén se escondió a la vez que decía a todos que informasen a la mujer, de que él no se encontraba en la casa. Se sintió profundamente apesadumbrado por no acompañar a la mujer que entre llantos pedía su ayuda mas no quería avergonzar a su padre ante la comunidad judía, rompiendo el precepto de no trabajar en *sabbath*. En otras ocasiones lo había hecho, dando motivos a que sus padres le reconvinieran duramente, pero en todas estas ocasiones, había procurado que sus correligionarios no se enterasen de su acción, pese a no sentir que transgrediese el mandato de Jehová. A su mente vino la ocasión en que Jesucristo curó a un enfermo en *sabbath*, y se preguntó, por qué, él no tenía el valor de defender lo que su corazón sentía con tanta intensidad. Sin transición alguna su mente voló a las veces que en compañía de su maestro Octavio, habían abierto cadáveres para estudiar sus órganos internos y como se unían unos huesos con otros. Resultaba curioso cómo tanto el Cristianismo como el Judaísmo, y según tenía entendido el Islam, prohibían efectuar estas prácticas bajo pena de muerte. ¿Cómo podía un médico curar lo que desconocía? Aquella noche, Zaquén ben Isaac, el físico, no durmió tranquilo.

El sábado por la noche, poco después de la caída del sol, una vez pasado el *sabbath*, Zaquén se presentó en casa de la mujer que con tanta premura y dolor le había buscado el viernes por la noche. Se excusó por no haber podido ir antes, ya que se encontraba fuera de la ciudad y preguntó por el enfermo. Fue introducido en un lóbrego dormitorio sin ventilación, y en un jergón en el suelo, vio un hombre tendido con aspecto de tener alta temperatura.

—Mujer, trae cuantas luces tengas en casa, ya que tengo que explorar al enfermo— le tomó el pulso agitado, tocó sus mejillas ardientes y vio el amarillento del blanco de los ojos.

—Médico —dijo el enfermo—. ¿Podrías curarme?

—Cuéntame antes qué te sucede —respondió Zaquén.

—El viernes me sentí muy mal y me subió mucho el calor, de forma que, me asfixiaba a la vez que sudaba mucho y me sentía muy débil, pero esta mañana comenzó a bajarme el calor aunque no se me ha quitado del todo.

—¿Te había dado esta fiebre antes? —volvía a preguntar Zaquén.

—Sí, el miércoles me dio fiebre muy baja, pero se me quitó enseñada.

—Todo parece indicar que tu marido tiene unas fiebres tercianas. Toma estos pocos polvos de Triaca¹ y dale una pizca al amanecer y al

1 Triaca: Medicina compuesta por 60 o más ingredientes de floristería.

atardecer, hasta que termine por quitársele la fiebre definitivamente. Si se te acaba la Triaca, ve a comprar más al herbolario de la subida al castillo.

Tan pronto volvió a casa, su madre le dio el recado de que el obispo de Elota había enviado un emisario pidiendo se desplazase urgentemente a casa de su padre, que vivía en las inmediaciones de los marjales del Thader inferior, ya que éste se encontraba muy enfermo.

—Madre —respondió Zaquén—. Es noche cerrada y el camino largo y peligroso. Mañana con el alba partiré, así que me voy a dormir.

Como había prometido, las primeras luces del alba le encontraron subido en su mula, ya que por la clase de terreno a atravesar, la prefería al caballo. Había una zona que era necesario atravesar, si no se quería dar un largo rodeo, donde el agua llegaba a los corvejones de las bestias, a la vez que, el fondo era fangoso, todo lo cual requería un esfuerzo extraordinario de las monturas. Según la hora en que se atravesase y la dirección del viento, grandes enjambres de mosquitos atacaban o no el atrevido viajero que lo intentase. A Dios gracias, aquel día soplaba un fuerte Levante, y los mosquitos habían desaparecido. Tan pronto surgía un promontorio, se veían sobre él construidas las pobres cabañas de las gentes que vivían de arrancar juncos y pescar peces de agua dulce. Su vida era dura y corta, pues las miasmas de las aguas estancadas se cebaban en estos desgraciados, que para protegerse de los mosquitos se embadurnaban de un pestilente musgo que crecía en algunos lugares.

Cuando Zaquén llegó a la vivienda del padre del obispo de Elota, quien pese al encumbramiento de su hijo, siempre se había negado a abandonar la casa en que nació, éste se encontraba sentado en una butaca con la pierna extendida apoyada en un escabel; se respiraba un olor fétido en la habitación pese a tener abierta una ventana, y los quejidos débiles y continuados del enfermo, que intentaba por todos los medios reprimirlos, presagiaban la gravedad del caso.

—Saltó del carro a su edad como si fuese un joven y chocó con una piedra. ¡A quién se le ocurre! —exclamó una mujer también entrada en años.

Le habían entablillado la pierna para luego enrollarle un lienzo sobre las tablillas. Zaquén quitó cuanto cubría el miembro y pudo comprobar la carne ennegrecida y purulenta hasta cerca de la rodilla. A todas luces, el hueso se había astillado y la afilada punta desgarró el músculo hasta casi asomar por encima de la piel.

—El enfermo está muy grave. Es necesario amputar la pierna por encima de la rodilla y sus posibilidades de sobrevivir son muy remotas —anunció Zaquén, quien nunca había efectuado aquella operación y

tan sólo una vez la había visto ejecutar a su maestro Octavio, mientras él le asistía como ayudante.

—¿Podréis hacerlo vos mismo? —preguntó la mujer entre lágrimas.

—Podría intentarlo, mas necesito alguien que me ayude. ¿Quién en esta aldea puede ayudarme? —preguntó Zaquén.

—Aquí la única que sabe de estas cosas es Teodosia la partera, pero hace una hora salió para el pueblo vecino a ayudar a una mujer a traer un niño al mundo.

Zaquén ben Isaac permaneció un rato indeciso. Por una parte su alma de médico le incitaba a hacer la difícil operación, por otra, su sentido común le decía que era una locura intentarlo sin ninguna ayuda. Tanto en un caso como en el otro, su situación ante el obispo de Elota quedaría muy dañada, lo que no estaba exento de peligro. Fue entonces cuando el enfermo habló por primera vez.

—Buen médico. Sé que estoy condenado a morir y que nada puede ayudarme, sólo le pido que, si tienes algún remedio que me quite estos terribles sufrimientos, me lo apliques, pues estoy seguro que el señor premiará tu buena acción. Además, querría pedirte que escribas una nota a mi hijo el obispo, que yo firmaré, que es lo único que sé hacer. Zaquén tomó recado de escribir y transcribió el dictado del anciano, quien tras despedirse de su hijo, encomió los esfuerzos del médico por ayudarle a morir sin dolor.

Hizo que le trajesen un mortero en el que picó abundantes simientes de adormidera a la que unió belladona, y esta pasta la diluyó en vino blanco que mandó traer. Administró una generosa ración al enfermo quien al poco tiempo pareció perder el conocimiento y dijo a la mujer.

—Yo nada más puedo hacer por tu amo. Aquí te dejo esta calabaza llena de este líquido. Cada vez que el enfermo se despierte, agítala fuertemente y dale de beber hasta que vuelva a dormirse.

Se despidió de la mujer y los vecinos que se habían congregado a la puerta de la casa y, montando en su mula, la agujoneó para que partiese en dirección a los marjales, pensando en atravesarlos rápidamente para llegar a Aurariola a la caída del día.

El viento que poco después de llegar a casa del enfermo había caído, comenzó a soplar del sur no bien estuvo dentro de las aguas estancadas, y como si aquello fuese un aviso, un suave zumbido se escuchó aproximándose hacia él. Nunca lo había vivido, pero en numerosas ocasiones había escuchado el relato de la terrible llegada de enjambres de miles de mosquitos que enloquecían a los hombres y a los animales. Llevaba consigo aceite del árbol del ricino, que por precaución había metido en sus alforjas, así que desmontando lo aplicó en torno a los ojos de la mula y en el morro, tras lo cual, se dio él mismo en las

manos, cara, ojos, labios y en cuantos lugares su piel quedaba al descubierto. Se cubrió con una manta la cabeza atando fuertemente el sombrero sobre ella. Montó de nuevo la cabalgadura y esperó. De pronto, su visión se nubló y pese a sus precauciones, los mosquitos parecían que se le colaban a través de la ropa. Cerró los ojos a la vez que sostenía fuertemente las riendas de la mula, que empezó a hacer corcovas que amenazaban con dar con sus huesos en el suelo. Un instante después, el ataque pareció disminuir y se atrevió a mirar entornando los ojos, pareciéndole distinguir en un montículo próximo una cabaña. Azuzó a la mula y ésta le obedeció. Sin saber cómo, tras un tiempo que se le antojó una eternidad, se encontró a la puerta de la cabaña. De nuevo parecía que un gran zumbido volvía a aproximarse a él, y empavorecido, descabalgó y se puso a golpear con fuerza la puerta de la cabaña, esta se entreabrió y una cara ennegrecida apareció ante él.

—¡Dejadme entrar, por caridad! —gritó Zaquén fuera de sí. En un principio pareció que el dueño de la vivienda no le había entendido, pero terminó por abrir la puerta y hacerle señas de que entrase. Zaquén traspasó el dintel de la puerta, dejando a la mula fuera, mas el hombre le gritó.

—La mula también, o se volverá loca —y sin esperar respuesta cogió el ronzal y la introdujo en la cabaña.

Un ambiente lleno de humo cegó los ojos de Zaquén y le produjo una violenta tos. Sus ojos sólo distinguían una rojiza claridad como de fuego, pero eran incapaces de diferenciar objetos.

—El humo es lo único que de verdad los contiene a los muy malditos —informó el dueño de la cabaña a su gesto interrogante —Quítese abrigo o sudará.

La cabaña era amplia. Estaba dividida en dos espacios. En uno de ellos había un asno de muy poca alzada, un cerdo, dos cabras y varias gallinas; todo ello separado del otro espacio donde sentados en un banco y acodados en una mesa de pino, se encontraba una mujer y un niño de unos ocho años. Vestían andrajos y sus caras estaban sucias y ennegrecidas como la del hombre.

—¿Cómo se atrevió a atravesar el marjal en esta época y con viento de leveche? —Preguntó el hombre asombrado de la ignorancia de aquel huésped vestido con ricas telas, a todas luces, un rico personaje para la humildad de quienes le acogían. Y sin esperar respuesta y a la vista de la tos persistente ordenó—: Mujer, trae vino al señor y echa más ramas verdes al fuego, pues el humo se está disipando y pueden entrar los mosquitos.

Para Zaquén el ambiente resultaba casi irrespirable. La atmósfera era caliente y húmeda, el olor del humo se mezclaba con el del estiércol, la

gallinaza y el purín del cerdo y todo producía una fetidez que hasta la mula, que había sido puesta junto al asno, parecía rechazar; pese a todo, tanto el animal como su dueño, agradecían aquel cobijo que les había salvado de la locura de los enjambres de mosquitos.

El vino era fuerte y áspero, pero tuvo la virtud de detener su tos y permitirle hablar, ante la expectante mirada de la mujer y el niño.

—Buen hombre, mi nombre es Zaquéen ben Isaac, médico y físico de Aurariola, y agradezco profundamente el haberme acogido en tu casa. Tenía prisa e ignoraba el peligro, por eso estaba atravesando los marjales. Te aseguro que nunca más lo intentaré —y añadió—: ¡Me pregunto como puedes vivir en un lugar así!

—Malamente señor, pero por lo menos somos libres y tenemos un trozo de terreno que es nuestro. Pescamos y recolectamos juncos y mimbres, aparte del poco esparto que crece por aquí.

Cuando por fin el zumbido de los mosquitos cesó al haber cambiado el viento, ya la noche había caído y no resultaba prudente seguir el camino. Aceptó Zaquéen la frugal cena que le ofreció Viriato, pues aparte de unas gachas de harina de almortas con guisantes machacados acompañado por pescado dulce secado a la sal, le ofreció como un lujo especial un trozo de queso de cabra curado en vino.

A la mañana siguiente, cuando Zaquéen se despedía de su huésped, al darle la mano, se fijó en una herida ulcerada que tenía en la muñeca que presentaba un abollamiento; con curiosidad preguntó a Viriato:

—¿Cómo te hiciste esta herida?

—No es una herida. Un día amanecí con una ampolla como las que salen cuando uno se quema, pero poco después se reventó y luego me quedó esa señal.

—¿No tuviste náuseas acompañadas de fiebre y escozores? —siguió preguntando Zaquéen.

—Sí, hará un mes o así, pero yo creí que era enfriamiento. ¿No será nada malo? Dime tú que eres médico y debes saberlo.

—Si es lo que supongo, no será nada grave. ¿Tienes un palo redondo? —preguntó Zaquéen.

Cuando Viriato le entregó el bastón redondo, Zaquéen le hizo poner el brazo sobre la mesa y poniendo el bastón sobre la herida lo hizo rodar entre el pulgar y el índice y, al poco, horrorizados, Viriato, su mujer y el niño vieron cómo por la úlcera salía la punta de un filamento que en realidad, era la punta de un gusano.

—¿Qué es ese animal? —preguntó horrorizado Viriato.

—Un gusano, como ves.

—¿Pero cómo se ha metido en mi cuerpo, sin que yo lo notara siendo tan largo como mi brazo?

—Tú trabajas metido en las aguas del marjal. Seguro que alguna vez, tuviste sed y bebiste agua. Este gusano nace en el agua, le llaman la Filaria de los pantanos. Cuando nacen, se meten dentro de diminutos crustáceos y al beber el agua se introducen en tu cuerpo, donde se desarrollan para luego causar las úlceras como la que tenías. ¿No tendrás ninguna otra ulceración igual en el cuerpo? —al negar Viriato, Zaquén terminó—. En ese caso ya estás curado. Procura en lo sucesivo beber sólo en aguas limpias, a ser posible, corrientes.

Cuando Zaquén estuvo montado en su mula, agradeció a Viriato su hospitalidad, a lo que éste respondió:

—Gracias a ti, médico, yo soy quien está en deuda contigo. Que Dios te bendiga.

Toda la ciudad presentaba un aspecto insólito con aquella inusitada actividad; el andar pausado de las gentes, tan propio de las zonas meridionales, se había trocado en un apresuramiento que delataba un gran nerviosismo. La calle de los cordeleros era la que presentaba mayor actividad, pues la orden cursada por el Comes, de fabricar grandes resmas de cabos navales utilizando el mejor esparto de la región, había movilizado una gran cantidad de trabajadores. La calle de la Herrería se encontraba también a pleno rendimiento, y las fraguas despedían un denso humo que era empujado fuera de la ciudad por una suave brisa de poniente. Largas reatas de mulas y hombres hacían remontar las barcas por el río Thader, mientras estas se cruzaban con las que arrastradas por la corriente, descendían en dirección al mar.

Probablemente nadie había informado al pueblo de la noticia del próximo ataque bizantino, ya que el Comes había ordenado el más estricto secreto, en tanto no se recibiese la respuesta de Toletum, pero tan pronto se dieron las primeras órdenes de fabricación, por toda la ciudad se extendió el rumor de un próximo ataque griego, no en balde aún existía vivo en el recuerdo de las gentes, las calamidades sin número que sesenta años de lucha contra los bizantinos habían ocasionado.

La respuesta del rey no se hizo esperar, y tal como Teodomiro temía, rechazaba de plano la propuesta del Comes, y únicamente aceptaba, que todas las rentas e impuestos reales, fuesen utilizados para habilitar la flota, mas, advirtiendo que Teodomiro no debía contar con ninguna ayuda en dinero ni en hombres enviada desde Toletum.

La información que iba llegando entretanto desde Carthago e Itálica confirmaba que los preparativos bizantinos se encontraban muy adelantados, por lo que había que temer, que la expedición griega se adelantase a lo previsto.

Al recibir las órdenes reales, la actividad se aumentó al máximo. La tala de árboles escogidos para la construcción de navíos se intensificó, y el Comes hizo saber oficialmente la noticia. Por paradójico que parezca, la confirmación oficial de los rumores que corrían, calmó los ánimos y el trabajo se hizo mucho más efectivo.

Las conversaciones que Teodomiro sostuvo por separado con los obispos de Elota-Ilici y de Begastri, terminaron en un completo fracaso, pues ni aceptaron poner sus gentes a las órdenes del Comes, ni estuvieron dispuestos a contribuir a los gastos que los preparativos de defensa ocasionaban. Tras estas conversaciones el humor del Comes se agrió, y más de un clérigo fue expulsado con cajas destempladas de palacio.

El objetivo que Teodomiro se había marcado, se cifraba en construir once rápidas birremes, que sumadas a las diez inicialmente existentes, permitiese atacar a la vez a todos los buques de guerra bizantinos, mientras la nave capitana permanecía de reserva a la vez que dirigía el combate. Se hacía necesario atacar a la flota enemiga a gran distancia de Carthago Spartaria, con el fin de que las naves de transporte, no tuviesen tiempo de llegar a puerto y desembarcar, durante el transcurso del combate, y pudiesen ser alcanzadas antes de llegar a su objetivo; todo, claro es, en el caso de que las naves godas resultasen victoriosas.

Teodomiro conocía perfectamente, que los navíos bizantinos eran mucho más potentes, que los que él podía enfrentarles. Lo normal era que los griegos saliesen victoriosos, eso sin contar con el «fuego griego» arma temible en un combate naval, pero por extraño que parezca, Teodomiro contaba con esa arma enemiga para vencer.

Tanto Teodomiro, como Cástulo y el arconte Sabinio, conocían perfectamente como los griegos utilizaban su fuego. Tan pronto los barcos griegos se aproximaban a las naves enemigas, mediante unos largos tubos arrojaban su fuego sembrando el pánico en las naves atacadas, y sólo a continuación, mientras los tripulantes intentaban inútilmente apagar el fuego, se acercaban de nuevo arrojando sus ganchos de abordaje, a la vez que asaeteaban la cubierta enemiga.

Teodomiro había ideado instalar en sus barcos dos altos palos abatibles que soportaban en su parte superior una pértiga horizontal, de la cual a su vez, pendía una tupida red; esta red estaba fijada en su parte inferior a tres pértigas transversales al navío, las cuales, en el momento de aproximación de la nave enemiga, se hacían sobresalir por el costado; en el momento en que el fuego prendiese en la red, las pértigas verticales se hacían pivotar de forma que todo el artilugio incendiado cayese sobre la nave enemiga. Poco antes de iniciar el ataque, la cubierta de las naves se recubría con arena mojada, a la vez que las velas se humedecían al máximo posible.

Todo el anterior artilugio tenía varios inconvenientes graves, como pudo demostrarse en los primeros ensayos. La primera vez que se intentó la maniobra, los arqueros situados junto a la banda de abordaje, estuvieron a punto de hacer zozobrar la embarcación al sumarse a su peso el del artilugio pivotante, los remos se partieron al choque con el agua o en la ensalada de remos que se produjo. Sólo después de muchos ensayos se logró hacer la maniobra correctamente. Cuando se logró efectuar la maniobra con perfección, se acondicionó una barcaza con unos tablones que alcanzasen la altura de las trirremes bizantinas, se impregnó la red de aceite y se le pegó fuego. El ataque se simuló por sotavento, y si bien el artilugio funcionó a la perfección, fue tal la humareda que se formó sobre la nave propia, que imposibilitó todo simulacro de ataque, estando a punto de incendiarse la nave.

Todas las experiencias habían demostrado que si en el ataque se perdía el barlovento, la derrota sería segura. Se hacía necesario, por consiguiente, que una rápida nave apostada en las inmediaciones de Rávena espíase la flota bizantina y pudiese, con suficiente antelación, avisar a la flota, la cual debería estar fondeada en Dianium¹.

Se escogió a las mejores fuerzas para embarcarlas y hacer ejercicios diarios. Las veintiuna tripulaciones se iban rotando en los barcos existentes a fin de que adquiriesen la máxima pericia marinera, y todos los buques salían a la mar a diario, fuese cual fuese el tiempo reinante. Esto produjo la pérdida de una de las naves, cuando la flota retornaba un día a Portus Ilicitanus y fue alcanzada por un fuerte temporal de levante, próximo ya a la entrada del puerto.

A mediados de mayo, las veintiuna naves estuvieron equipadas y listas para zarpar, por lo que todas las tripulaciones con Teodomiro al frente, se dirigieron a la iglesia de la Virgen del Mar, para implorar la ayuda de la madre del Redentor. Tras de lo cual, la flota se hizo a la mar con destino a Dianium.

Tanto Oriola como las demás fortalezas de la Civitate, habían quedado guardadas por el mínimo necesario de fuerzas, puesto que las que no se habían embarcado, se encontraban guardando las ruinas de Carthago Spartaria, para oponerse al desembarco de los griegos, caso de que éstos saliesen victoriosos en el mar.

Se conocía que la flota de avituallamiento bizantina había llegado a Carthago, por lo que se estimaba que la salida de los griegos de Rávena se produciría en unos quince días. La nave de guardia frente a las costas de Itálica se encontraba en su puesto desde principios de mayo siendo reavituallada por otra nave cada semana, de forma que se evitase cualquier sorpresa.

¹ Dianium: Denia.

El dos de junio del año del Señor del 695, la nave de vigilancia llegó a Dianium, informando que precedía a la flota bizantina en cerca de una jornada. Inmediatamente se aprestó la flota y se hizo a la mar rumbo a Ebussus¹ en las islas Pitiussas²; soplabla viento del sur con lo que rápidamente se pudo alcanzar mar abierta alejándose de la costa a buena marcha; se destacaron las dos naves más rápidas con que se contaba a fin de localizar a la flota enemiga. A media noche el viento giró al nordeste por lo que se dio la orden de mantenerse al paio, guardando posiciones a remo, pero con orden tajante de no fatigar a los remeros y de alimentarlos al máximo, así como al resto de las tripulaciones. Al amanecer se avistaron las dos naves destacadas, las cuales informaron que la flota enemiga se había ceñido a la costa, por lo que Teodomiro ordenó tomar rumbo este de interceptación. Dos horas después se avistó la flota bizantina, formada por catorce trirremes, cuatro birremes y cuarenta transportes. Se tomó rumbo sudoeste de convergencia y poco después de la salida del sol y a la altura de Lucentum³ se efectuó el primer contacto.

Se había dado la orden tajante de que ninguna nave se adelantase en el ataque, pues la artimaña tan cuidadosamente ensayada podría ser descubierta por el enemigo, permitiendo al resto de las naves bizantinas eludir la trampa.

La nave del arconte Sabinio, por su posición, así como por ser una de las más ligeras, fue la que primero tomó contacto. Sabinio, hombre valeroso y de una gran disciplina, no hizo actuar su artillugio, ya que las demás naves no se encontraban en posición, y así estas, vieron como la red que podía protegerle se convertía en una antorcha y favorecía el incendio total de su buque, y como los arqueros y bucelarios se tiraban por la borda huyendo del fuego. Fue un momento crucial de la batalla pues el temor inicial fue prontamente vencido en las naves godas gracias a la recia disciplina impuesta durante los ejercicios largos y agotadores, mientras que los bizantinos se confiaron vista la facilidad con que el primer navío había sido destruido. El resto de las naves tomaron contacto casi al mismo tiempo, y salvo en tres casos en que el artillugio no fue eficaz, por encontrarse la nave enemiga muy separada y caer la red incendiada al agua, en el resto de los casos resultó efectivo. Entonces se produjo un espectáculo alucinante, la mayor parte de las naves griegas estaban en llamas mientras el rojo sol naciente alumbraba en el horizonte.

Los griegos cogidos por sorpresa y espantados al ver como eran sus naves las que se incendiaban en lugar de las enemigas, no reaccionaron con suficiente rapidez en combatir el fuego, que rápidamente prendió en el velamen convirtiendo sus buques en antorchas, sobre las que

1 Ebussus: Ibiza. 2 Pitiussas: Baleares. 3 Lucentum: Alicante.

caían una nube de flechas godas, produciendo una horrible matanza entre sus tripulaciones; al no poderse separar los buques por impedirlo las pértigas pivotantes, los costados de las naves chocaban violentamente, partiendo los remos y dañando e hiriendo a los remeros. Un griterío ensordecedor se imponía sobre todos los demás ruidos, y el mar se cubrió con el horror del hombre y su saña destructora.

Sólo cinco naves bizantinas lograron huir y seis buques godos se hundieron completamente destrozados.

Teodomiro ordenó que cuatro naves que se encontraban averiadas quedasen para recoger los náufragos y guardar las tres trirremes griegas que habían capturado, mientras que las once restantes salían en persecución de las naves de transporte griegas a las cuales se habían unido los cinco navíos de guerra que habían huido.

Durante las tres siguientes horas se efectuó una terrible persecución. Las manos de los remeros sangraban por el esfuerzo que les imponían los cómitres, marcando un ritmo despiadado; la débil brisa se aprovechaba al máximo izando velas de emergencia con cualquier tejido que se encontraba a bordo. Poco a poco, la distancia fue disminuyendo entre las dos escuadras, por lo que todo hacía prever que, hacia las doce, se alcanzaría la retaguardia de la flota bizantina, donde se habían situado las cinco trirremes de guerra. Se veía muy próximo el cabo de Palos, cuando la brisa cayó por completo y la calma chicha se adueñó de la mar. La distancia continuó disminuyendo pero ahora con mayor lentitud. Teodomiro ordenó que parte de los bucelarios bajasen a las calas para ayudar en la boga a los exhaustos remeros, mas, dada la impericia de los bucelarios en estos menesteres, se ganó muy poco en velocidad. A medio día se levantó una fuerte brisa de leveche que hizo completamente imposible que la flota bizantina pudiera alcanzar Cartago Spartaria, por lo que ésta viró tomando rumbo hacia Carthago, con lo que el intento de desembarco fracasó por completo.

Tres pesados transporte griegos no pudieron seguir el ritmo de la huida y se retrasaron de su flota, siendo rodeados por la flota goda a la que se rindieron sin oponer resistencia. Tras esta captura, Teodomiro dio la orden de interrumpir la persecución y con sus nuevas presas emprendió el retorno a Portus Ilicitanus.

Cuando la flota goda entró en Portus Ilicitanus, una ingente multitud les aguardaba en la playa aclamando a la escuadra vencedora. La muchedumbre se había engalanado con guiraldas de flores silvestres y cantando el himno del regocijo vadeó las poco profundas aguas y arrastraron la nave de Teodomiro hasta la playa; levantaron al Comes en volandas y lo subieron a un carro adornado con flores y pintado de púrpura, arrastrado por dos bueyes blancos uncidos con jaeces negros, lle-

vándolo a tierra entre el estruendo de la música y el coro de las gentes, que bailando en derredor le ofrecían el rico mosto de la tierra, tan rubio como una espiga en sazón. Un nutrido grupo de bailarinas adornadas con flores y luciendo sus mejores galas le esperaban al comienzo de la colina, danzando el rito de la victoria al son de címbalos y flautas. Al aire sus finos y largos cabellos que flotaban sobre sus espaldas siguiendo la brisa del mar que se extendía a sus pies, se ofrecían al héroe vencedor. Pronto el carro de la victoria estuvo lleno de bellas vírgenes que ofrecían de beber alternativamente al Comes, aguamiel y vino, y que pronto acuciado por sus años, el vino y el gozo, se sintió ebrio de gozo y amor.

El gentío comenzó a subir la suave pendiente de la colina, verde y cuajada de amapolas, en seguimiento del carro del triunfo, mientras Teodomiro, cada vez más identificado con la fiesta, pues, esa es la gracia del Dios Marte con los triunfadores, gozaba del dulce atardecer contemplando el espectáculo entre continuas libaciones de vino, con lo que el frenesí de la multitud se le contagió. El carro se detuvo en la cima y allí, el Dios Heros arrebató las últimas fuerzas que a Teodomiro le restaban, entre brezos y tomillos.

Aquella noche, siguiendo el milagro de la vida, los muertos fueron olvidados y la siembra de la nueva semilla fue pródiga.

Mientras se construía la flota, Teodomiro mandó llamar a Zaquén, ya que estaba muy preocupado por la gran mortandad que a no dudar, el enfrentamiento con los Helenos, habría de producir.

—Querido Zaquén, te creo informado del acontecimiento que se avecina, y presiento que tus servicios nos van a ser muy necesarios. Dime ¿con cuántos médicos y físicos contamos para atender a los posibles heridos? Cuenta con que se van a enfrentar unas tropas que no bajarán mucho de dos mil hombres.

—Mira Teodomiro, en toda la comarca bajo tu mando, el número de médicos no será superior a siete, si contamos los aprendices. Los físicos, dado su menor grado de preparación y conocimientos deben de ser unos doce. ¿Cuáles son tus planes?, pues pienso que embarcarnos en tus naves, dado el reducido número que somos, sería un grave error. Yo por de pronto, si me obligas a embarcarme, no sirvo para nada, pues tan pronto pongo el pie en una cubierta, me mareo de una forma vergonzosa.

—Tú, desde que éramos chicos, siempre supiste guardar un secreto y cumplir tu palabra, así que, si cuento con que cuanto te informe no saldrá de tu boca, te diré cuáles son mis planes —y entonces Teodomiro relató pormenorizadamente cuál sería su táctica.

—Creo que sólo deben embarcarse seis físicos para coser las heridas

menos importantes y aliviar los dolores de los moribundos con jugo de adormidera. Los más graves, si bien con heridas que sepamos curar, deberán esperar a ser desembarcados para recibir auxilio. Los físicos embarcados así como los médicos en tierra, deberán ser provistos de gran cantidad de vinagre para limpiar heridas, alheña por sus grandes virtudes cicatrizantes; leche de burra para aplicar a los quemados después de lavar con agua y vinagre; igualmente, grandes cantidades de semillas de adormidera machacadas y maceradas en vino blanco, para mitigar los dolores.

En tierra, tanto en Portus Illicitanus como en la aldea de Carthago Spartaria, los médicos, además de todo lo anterior, deberán contar con gran cantidad de hilas y lienzos, hilos de pitera o de palma para coser las heridas, tablillas y cuerdas para reducir las fracturas, y sobre todo, muchas mujeres que les ayuden y sepan consolar a los heridos.

—Todo cuanto has indicado será puesto a tu disposición, pero cuando has dicho el número de médicos, realmente me ha preocupado. ¿Cómo podremos hacer en el futuro, suponiendo que salgamos con bien de ésta, para aumentar el número de médicos? —preguntó Teodomiro.

—Por lo que me han contado viajeros del mundo, el sistema que los islamitas han creado se me antoja muy acertado; se trata de hacer en Aurariola, una gran casa de salud, que ellos llaman *madrasa* y otros *maristan*, donde se acoge a los pobres y desvalidos. En este lugar trabajan muchos estudiantes bajo la dirección de los mejores médicos, que los instruyen y enseñan, no sólo en curar los cuerpos, sino también, en distintas ciencias como la filosofía, las matemáticas y la astronomía. A mi parecer, esto es lo que deberías hacer tú si Jahvé te concede la victoria. ¡Perdona!, en tu caso debí decir si Jesucristo así lo quiere.

—¡Entre nosotros déjate de historias! Si únicamente existe un Dios, y yo así lo creo, tú también, e incluso los islamitas; forzosamente tiene que ser el mismo. Tienes mi palabra, que si el Altísimo nos premia con la Victoria, tal como me has aconsejado se hará, y tú serás su Maestro, o como diablos se diga entre los médicos.

Esto recordaba Zaquén mientras rendido de cansancio, cubierto de sangre y rodeado de hombres dolientes, unos ya agonizantes, otros con quejidos que casi eran alaridos y, otros también, llorando suavemente, fuertemente asidos a la mano de una de las mujeres que les ayudaban, confundían a éstas con sus madres, sus esposas o sus hijas. Todo herido que presentaba una flecha en el tronco, que sus compañeros habían quebrado para evitar enganches, recibía generosas raciones de adormidera o belladona, hasta que sus almas escapaban hacia el Salvador. Si la flecha le entraba superficialmente se la empujaba hasta que la punta salía al exterior y se le quitaba; luego la herida era tratada con un cau-

terio al rojo, se cosía con fibra de palmera y se cubría con los polvos amarillos de la alheña y un lienzo.

Zaquén tenía anterior experiencia, cuando un miembro había sido amputado, de que después de cauterizar los vasos, para interrumpir la hemorragia, era mucho más efectivo el lavar abundantemente con vinagre y después echar alheña encima y cubrir con un trapo limpio. Las veces que siguiendo consejos de sus maestros, había cubierto la herida con grasa, se había producido una gran infección; incluso era preferible un emplasto de arcilla o cenizas de romero, a la grasa.

Cuando pasó al siguiente montón de paja sobre el que se ponía a los heridos, lo primero que vio fue, unos ojos negríssimos que le observaban con mirada preñada de odio. Se palpaba la maldad en aquellos ojos y Zaquén, recordó los años de su juventud. Siempre aquellos ojos le habían hecho huir. Cuantas veces había corrido a esconderse en un zaguán, o en una calleja, evitando el cruzarse con Marcelo, el hijo mayor del herbolario del puente, hombre bueno y amable, perteneciente a una casa de prosapia romana, la de los Lucus, y que en el devenir de los tiempos había perdido su riqueza; era un ser rastrero y repulsivo. Gozaba con el dolor de los demás, a quienes achacaba en su fuero interno el que su familia hubiese dejado de ser importante. En especial, odiaba profundamente a Zaquén el Judío a quien no dejaba de vejar en el trato social y agredir en el trato físico. Resultaba curioso; Zaquén fuerte y alto, siempre había huido de Marcelo bajo y de constitución endeble; y cuando era agredido, soportaba estoicamente el castigo, aun a sabiendas de que podía vencerle; pero sus ojos siempre le habían aterrado paralizando sus movimientos, cuando se encontraban muy próximos. En esta ocasión, inicialmente se quedó paralizado y sólo reaccionó cuando escuchó a Marcelo decir:

—¡Hola Medicucho! Ahora tienes la ocasión de vengarte, puesto que no puedo defenderme. ¿Acaso no hay ningún otro médico que pueda atenderme, sino este repugnante judío?

Zaquén ignoró sus palabras, y su profesión se impuso a cualquier otra consideración. A simple vista se veía que tenía una fuerte luxación en el hombro. El hueso del brazo se había salido de su alojamiento y dado el tiempo transcurrido, la inflamación era considerable. Si hubiera sido sólo aquello, está claro que Marcelo no se habría encontrado allí, por lo que siguió explorando su cuerpo hasta que vio el fuerte torniquete que tenía a media pantorrilla. Una gran astilla de madera le había atravesado el músculo y cuando él mismo se la sacó, un fuerte caño de sangre brotó de la herida. El pie ya mostraba muy mal color, por lo que ignorando el alarido que dio Marcelo, soltó el torniquete a la vez que taponaba la herida por ambas partes con unas hilas. Había

recordado las indicaciones de su maestro Octavio cuando le decía: «La sangre transporta todos los buenos humores, y si estos no llegan a un miembro en mucho tiempo, éste termina por morir». Era preciso que de nuevo la sangre corriese por el pie. ¿Pero qué hacer después? Si no reparaba la tubería (el vaso decía su maestro) la sangre se secaría y dejaría de irrigar el pie.

Pese a las protestas e insultos de Marcelo, le hizo tragar una buena dosis de adormidera, y cuando vio que sus músculos se relajaban, volvió a poner el torniquete y descarnando la herida, encontró los dos extremos del vaso cortado. Doblando un extremo sobre sí mismo, acercó el otro y al desdoblar el dobladillo, consiguió que un extremo se sobrepusiese al otro. Aflojó un poco el torniquete manteniéndolo así un rato y cuando vio que no salía sangre, fue aflojando lentamente el torniquete, tras de lo cual, cosió por fuera la herida con hilo de palmera, puso alheña encima y cubrió con un trapo.

Después de lo anterior, tras suministrarle a Marcelo más adormidera pidió a dos hombres que inmovilizaran al enfermo y dando un fuerte tirón del brazo a la vez que oprimía por la espalda, el hueso volvió a su posición con un desagradable chasquido.

Había pedido que hirviesen hojas de salix y dejó a una mujer al cuidado del enfermo, ordenándole darle de vez en cuando la infusión de salix y pequeños tragos de adormidera para mitigar el dolor, únicamente entonces se dio cuenta de que todo su cuerpo temblaba y que una gran debilidad se apoderaba de él. Se acercó a un montón de paja y cayó como si de un fardo se tratase.

Fue a la salida del Tedeum de gracias oficiado en la iglesia del Salvador, cuando Teodomiro vio por primera vez a Eguilona. Sabía que nunca antes la había visto y, sin embargo, su cara le era profundamente familiar. Se detuvo, y con él, el cortejo que le seguía. La joven al verse observada por tantas personas, enrojeció vivamente, con lo que el Comes la encontró aún mucho más bella.

—¿Cómo te llamas hermosa joven? —preguntó Teodomiro.

En lugar de ella, fue un anciano que se encontraba a su lado quien respondió.

—Teodomiro, es mi nieta Eguilona, quien ha querido como todos, sumarse a las gracias que el pueblo te da, por habernos librado de los horrores de una guerra contra Bizancio. Mi nombre es Eurico de Orcheillo —terminó el anciano a la vez que le hacía una cortés inclinación.

—Espero Eurico, que tú y tu nieta me honréis esta noche asistiendo al baile que me ofrece la ciudad.

—No faltaremos Comes, tenlo por seguro.

El cortejo prosiguió su camino entre las prietas filas que la multitud formaba a ambos lados de la calle, que no dejaba de aclamar al Comes de la ciudad, mientras desde las terrazas una lluvia de pétalos era arrojada a su paso.

Tan pronto quedó solo Teodomiro en sus habitaciones, mandó llamar a Cástulo a quien pidió información de la joven. Su abuelo era un noble godo de segunda clase que vivía en su pequeña propiedad junto al cabezo de Orchello¹, de ahí, que para identificarse tomaba siempre el nombre de su lugar. Los padres de la joven habían muerto hacía unos años, cuando la gran riada los cogió trasladándose de Oriola a Orchello; desde entonces, la joven vivía al cuidado de su abuelo, quien se veía en grandes dificultades para espantar a los muchos jóvenes que la rondaban, ya que la fama de su belleza se había extendido por toda la vega del Thader.

La mayor preocupación del viejo eran los hijos de los nobles tiufados, ya que estaba firmemente convencido de que la cortejaban con malas intenciones, puesto que toda la juventud de la época, prefería la riqueza a la virtud y belleza.

—Por lo que veo, esa joven te ha causado una fuerte impresión, pues observo que tienes el ánimo conturbado —no pudo por menos de decir Cástulo.

—¡Oh Cástulo, Cástulo! Cuando ella me miró, el tiempo se detuvo en su camino, el pasado se fundió con el presente; me vi transportado a otra vida no vivida por mí, mas tan real, que no sé discernir si la he vivido. Fue su arrebol lo que me hizo volver en mí y en el presente; sin ello, hubiese permanecido en éxtasis, no sé por cuanto tiempo. No fueron sus bellos ojos de un límpido azul turquesa que las mismas gemas envidiarían, ni su pelo de arroz maduro donde el sol brillaba refulgiendo, ni su tez tan fina que aun un niño ansiara, fue un halo, un no sé qué, que me hizo temblar como tiembla un guerrero ante la muerte, como debe temblar el hombre si Dios se le aparece, con temor pero sin miedo, gratamente.

—¡Oh mi señor, me causa pena verte en ese estado! Ni siquiera has hablado con la joven y ya tu imaginación vuela loca y sin sentido; reflexiona que acaso en ese bello cuerpo se acaban sus virtudes y sus gracias, pues cuantas necias yo conozco que al verlas nadie puede imaginarlo, mas al abrir la boca se adivina el poco seso y el corazón amargo. Espera al menos a la noche y así podrás juzgar sin desvarío; no adornes a la joven en tu mente con virtudes que acaso no posea, pues es prudente y sabio comprobarlo y evitar más tarde el amargo desencanto.

—A tu edad en amor es fácil aconsejar prudencia, pues menguado

1 Orchello: Hurchillo.

se tiene el apetito, mas en ese caso no me hallo y mi sangre hierve incontenible, y mi corazón me dice, que no es pasión sino amor lo que en mí esta mañana ha nacido. No me amargues el tiempo que me falta para encontrar aquella a la que amo. No me digas que es necia la que aguardo, cuando sabes que de la necedad maldigo. Si yo, por no conocerla, con virtudes inexistentes la imagino, no más yerro que tú, que sin conocerla tampoco, lo contrario a la misma le atribuyes.

—Líbreme el cielo de atribuir defectos a una joven a quien a conocer no alcanzó, ni inmiscuirme en amores, pues conozco que siempre se sale trasquilado; lo único que digo y te aconsejo, es que descubras sus virtudes en su persona y no en tu imaginación, pues es bien sabido, que si mucho te alaban una cosa, aun siendo justa la alabanza, al conocerla pierde sobre lo que uno hubiese pensado al descubrirla por sí mismo.

Para Eurico y su nieta, si al principio la invitación pública del Comes, les llenó de orgullo y satisfacción, pronto ésta se convirtió en un grave problema. Su fortuna no les permitía hacer una vida social acorde con su nobleza, por lo que rara vez iban a Oriola, a no ser, que necesitasen comprar alguna cosa. Si bien la joven y el abuelo tenían trajes dignos y aun lujosos para el círculo en que se desenvolvían, la ocasión de la fiesta ofrecida por los nobles de la ciudad al Comes, requería otros trajes, a menos que estuviesen dispuestos a presentarse como los parientes pobres; y para ello, era demasiado orgulloso el noble godo.

Cástulo, que además de prudente era un consumado político, tras su conversación con Teodomiros comprendió lo importante que podía ser para él y su familia, ganarse el afecto de la joven, por lo que envió a su mujer a casa de los parientes donde Eurico se hospedaba, con la orden de ponerse completamente a su disposición y facilitarles todos los medios que necesitasen.

Por otra parte Cástulo no ignoraba los problemas que sin lugar a dudas se presentarían con el súbito enamoramiento del Comes de una noble de segundo rango, puesto que todas las familias nobles de la Civitate, con hijas en edad casadera, esperaban que Teodomiros se decidiese por su hija, y con toda seguridad, una elección así, le acarrearía la malquerencia de todas estas familias.

Cuando Teodomiros fue nombrado Comes de Aurariola, tal nombramiento fue tomado muy a mal por la nobleza local, y sobre todo por los partidarios de la casa de Chindaswinto; sólo con mucho tacto y energía y sobre todo, porque su apuesta figura causó una grata impresión entre las mujeres de la nobleza, había logrado ser aceptado por ellos. Ahora, si el Comes se decidía por una noble de segunda clase, un gran número de

familias se sentirían defraudadas en sus aspiraciones y a no dudarle, de nuevo el ambiente hostil se levantaría en torno a él, si bien, tras la victoria obtenida, el parecer de la nobleza había perdido valor, puesto que tanto el pueblo como la corona le apoyaban incondicionalmente.

El problema verdaderamente grave estaba representado por Eufrosia, mujer del jefe de la facción de Chindaswinto, y el más poderoso y rico tiufado de la ciudad. Mujer bella y bastante más joven que su marido, tan pronto Teodomiro llegó a la ciudad investido con su nueva dignidad, se enamoró locamente del joven, luchando cuanto pudo para normalizar las frías relaciones entre el Comes y la nobleza; y fue gracias a su intervención, que fue finalmente aceptado con más facilidad de la que cabía esperar. Cástulo, que al principio había animado a su señor a frecuentar las fiestas y reuniones de Esmagio, pronto se dio cuenta del peligro que se cernía, mas ya fue demasiado tarde.

Todo sucedió con suma sencillez. Teodomiro había ido a los baños begastrensis, así llamados popularmente porque el arquitecto que los construyó era natural de Begastri, ciudad situada al noroeste de la Civitate y sede episcopal. Allí coincidió con Eufrosia que durante los veranos habitaba una villa cercana a los baños, a los que acudía a diario. El Comes fue invitado a cenar a la villa, y dado que Esmagio se encontraba de viaje hacia Lûrqa¹, lo que tenía que suceder sucedió, y así fue cómo Teodomiro se convirtió en el amante de Eufrosia.

No fue fácil convencer a Teodomiro de que no sentase a su lado a Eguilona durante el banquete que precedía al baile; fue necesaria toda la dialéctica y poder de persuasión de Cástulo, para hacerle comprender los problemas que se derivarían de no sentar a Eufrosia a su izquierda, puesto que su derecha estaba reservada a la mujer del Vicari, y sólo a regañadientes y tras prometerle que sería sentada en un lugar próximo y de fácil visión, accedió a ello.

La sala de banquetes refulgía alumbrada por más de mil bujías, a cuyo resplandor toda la nobleza de Oriola, Ilici, Lucentum, Lûrqa, Balantala², Mûla e Iyyu³, así como los obispos de Elota-Ilici y Begastri, lucían sus más ricos atuendos y joyas más preciadas.

La entrada de Teodomiro fue saludada por el maestresala con un:

—¡Salve Teodomiro, vencedor de Bizancio! —que fue respondido a coro por todos los presentes.

—¡Salve Teodomiro, vencedor de Bizancio! ¡Dios te guarde!

Teodomiro avanzó entre las dos filas que se habían formado; y llegado a su sitio, tomó la copa, y volviéndose a los nobles, la alzó a la vez que decía:

—Antes de dar las gracias por este homenaje, brindemos todos por

1 Lûrqa: Lorca. 2 Balantala: Villena. 3 Iyyu: Hellín.

Requiario, Capo, Antulio y tantos otros que debían estar aquí y no han podido, pues Neptuno los acogió en su seno después de luchar como valientes; brindo también por el arconte Sabinio, que con su valor y disciplina, hizo posible nuestra victoria, y brindo por último por vuestros esposos e hijos aquí presentes, que tanta bravura demostraron en la batalla.

Una vez más Teodomiro, con un gesto imprevisto y unas palabras improvisadas, rompía el protocolo y se ganaba el afecto de la concurrencia. Desde ese momento todos consideraban que aquella era su fiesta y no sólo la del Comes, y la envidia dejaba paso al orgullo de sentirse agasajados.

Al pasar junto a los obispos, a los que conscientemente había situado en los últimos puestos de la presidencia, a fin de humillarlos, les dijo procurando que nadie más le oyese:

—¿También sus eminencias han venido a reclamar una parte de la gloria? —y sin esperar la respuesta prosiguió hasta su asiento.

Si poco antes había sido Teodomiro quien dirigió una frase hiriente a los obispos, no bien se hubo sentado fue Eufrosia quien le acogió con la hiel en los labios.

—Te doy las gracias al haberme sentado a tu lado ¡Oh magnánimo Comes! Pues, después de lo que me contaron que hiciste esta mañana, suponía que este puesto lo tenías destinado a esa burda rusticana.

—Pronto te llegan las noticias ¡Oh bella Eufrosia! —dijo Teodomiro remedando el tono de su voz, y sin mirarla, ya que sus ojos seguían la fila de comensales, intentando localizar a Eguilona.

Vestía ésta manto azul con fimbria de oro, que hacía resaltar sus bellos cabellos, y bajo el mismo, túnica blanca con cinturón recamado, brazaletes de rica hechura y del más precioso metal. Llamaba tanto la atención por su belleza, que todas las miradas se encontraban fijas en ella. No bien su mirada se cruzó con la del Comes, bajó su vista y un fuerte arrebol cubrió sus mejillas.

Fue sólo durante la danza que siguió al banquete, cuando Teodomiro tuvo ocasión de hablar por primera vez con Eguilona. Al comienzo danzaron callados observándose mutuamente.

—Entre todas las damas esta noche resplandecéis con fuerza propia; diríase que un lirio se vistió con manto de azucena, y que la luz de vuestros ojos eclipsó la belleza de las otras.

—Mi señor, son tantas las mercedes con que nos habéis abrumado, que mi torpe lengua no acierta a agradecerlos. Perdonar que no sepa estar a vuestra altura.

Era la primera vez que Teodomiro escuchaba su voz, y su timbre, armonioso y cálido, le causó una honda impresión. De pronto, todas

las demás personas dejaron de existir y sólo ellos, uno junto al otro, escuchando lejana la música y transmitiéndose infinitas promesas sin que sus labios dijese una sola palabra.

—Yo os amo, Eguilona, desde mucho antes de conoceros. Cuando os vi esta mañana no fue la primera vez, pues en mis sueños, os había visto y hablado; todo en vos es idéntico a como lo soñaba. Sois para mí la reencarnación de algo ya vivido.

—Que puedo responder yo al hombre admirado por todas las mujeres de esta tierra, por su apostura, valor e inteligencia; al hombre con el que todas las mujeres sueñan. No sé que sentimientos hacéis nacer en mí, tan sólo sé, que si me miráis, mi cuerpo tiembla y, nerviosa, no sé que responderos; sólo sé que el contacto de vuestra mano parece que me quema. Decís que me amáis, pero si así fuera, tan sólo a mi cuerpo y mi figura amaríais, y no a mi alma que es lo que yo considero máspreciado. Yo al menos, conozco de vos cuanto se dice y se comenta, a más de vuestros hechos; pero vos de mí, sois por completo un ignorante, pues nada conocéis de mi persona.

—Decís bien, y prudentes y sabias encuentro vuestras palabras; acepto la lección que me brindáis, más ya con ellas empiezo a conoceros y me agrada. La pasión que siento, se acrecienta al descubrir un poco vuestra alma.

La danza había terminado, y mientras la acompañaba a su asiento añadió:

—A conoceros bien, aspiro, y por ello, necesito vuestro permiso para visitaros.

—Tanto el Comes Teodomiro como el hombre, siempre serán bien recibidos en casa de mi abuelo Eurico.

Eufrosia que no había dejado de observar a Teodomiro durante toda la danza, comprendió rápidamente que Eguilona resultaba una seria rival y que la invitación hecha por aquel aquella mañana a la joven, no se trataba de un capricho pasajero, por lo que cambiando de táctica, tan pronto se sentó a su lado le dijo:

—La próxima semana, mi marido tiene que desplazarse a Mûla y estará varios días ausente. Espero que me visitarás en las termas.

—Yo bien quisiera, mi encantadora Eufrosia, mas en la sierra de Thiar¹ ha aparecido un enorme jabalí hembra que tiene atemorizado a los lugareños, y se ha organizado una partida en la cual tengo que tomar parte.

La caza del jabalí era el deporte favorito de los godos, y entre la nobleza, había ocasionado más muertes que todas las guerras juntas de

1 Thiar: Zeneta.

los últimos cien años. Se le cazaba las más de las veces a pie, mediante lanza corta, ayudándose de perros y de redes.

Hacía años que una enorme hembra de jabalí causaba grandes estragos en los cultivos de la zona de Thiar. Hasta entonces había matado tres hombres e innumerables perros, hasta el punto que se la había bautizado con el nombre de la fiera de Thiar. Según quienes la habían visto, no pesaría menos de treinta arrobas y sus navajas medían cerca de dos palmos. En diferentes ocasiones había sido herida, pero su coraza tenía tal espesor, que las lanzas apenas penetraban en ella. Uno de los muertos intentó cazarla aguantando lanza en ristre, tal como se hacía con los jabalíes de tamaño pequeño, pero la lanza saltó hecha astillas a la vez que era arrollado y luego descuartizado por la fiera.

Últimamente un pastor había localizado la guarida donde criaba no menos de siete jabatos, y conocedor de que Teodomiro había expresado en una ocasión, su deseo de darle caza, avisó en palacio de su descubrimiento.

Teodomiro acompañado por diez tiufados jóvenes, salió mucho antes del amanecer, a fin de encontrarse en el lugar a los primeros rayos del sol. El pastor les esperaba en la falda del monte, ya que los caballos no podían subir por la escarpada ladera donde se encontraba el jabalí.

Llegados a la guarida, situada en un agreste paraje cubierto de pinos y altas hierbas, colocaron la red clavada con fuertes estacas y soltaron a la jauría. Pronto los perros salieron huyendo de la cueva perseguidos por una enorme masa negra, que se precipitó contra la red en seguimiento de los perros, que no habían podido evitarla. Las estacas saltaron por los aires y un revoltijo indescriptible de perros, jabalí y red, descendió ladera abajo. Las grandes navajas del jabalí, causaban enormes destrozos a cada dentellada, bien fuera entre los perros, como en la red, cuyos gruesos cabos marinos eran cortados como si de hilos de coser se tratase. Uno de los siervos fue alcanzado por la masa pululante y arrojado con enorme fuerza contra el tronco de un pino, donde se estrelló con fuerte crujir de huesos. Las lanzas que se le arrojaron hirieron en varios puntos al jabalí y mataron varios perros, tal era la confusión; el animal herido, tras destrozar la red, se revolvió contra los cazadores, quienes buscaron su salvación protegiéndose tras los troncos de los árboles. Teodomiro, que no quiso dar el espectáculo de huir, aunque el miedo le atenazaba la garganta, se encontró sólo frente a la fiera que se dirigía hacia él. Sabía que dado el peso del animal, si la lanza no se quebraba en la embestida, sería arrojado de espaldas y luego destrozado, por lo que retrocedió hasta encontrar el tronco de un pino en el que apoyar la contera de la lanza, y esperó la acometida dirigiendo la punta a la tetilla del animal; la punta de la lanza entró por

debajo del cuello de la fiera y detuvo el impulso de ésta, pero no había alcanzado el corazón pese a estar herida gravemente. Mientras la lanza se curvaba peligrosamente amenazando con romperse, Teodomiro intentó corregir el astil, a la vez que éste comenzaba a astillarse. La lanza se rompió a la vez que el jabalí moría, pero arrastrado por su empuje, al cerrar la boca, seccionó limpiamente parte de la túnica de Teodomiro, sin llegar a alcanzarle el cuerpo. Dando un salto, Teodomiro se apartó del animal y se derrumbó, al no poderle sostener las piernas que le temblaban violentamente.

Cuando sus compañeros se acercaron al Comes, creían que éste se encontraba mortalmente herido y que su temblor eran las convulsiones de la muerte, por lo que al comprobar que estaba ileso, su alegría fue grande. Se dio de beber a Teodomiro vino mezclado con agua, y una vez cerciorados de que no tenía ninguna herida, lo levantaron, pues aún no había recobrado sus fuerzas por entero.

—¿Cómo se encuentra el siervo que arrolló el jabalí? —fue lo primero que preguntó Teodomiro al recobrar el aliento.

—Al parecer tiene varias costillas rotas, así como la clavícula —le respondieron.

—Que alguien entre en la cueva y saque a los jabatos —ordenó el Comes, señalando al hombre que estaba más próximo a ésta.

Tenía seis crías, cuatro hembras y dos machos, los cuales tan pronto iban siendo sacados de la cueva eran degollados. Los lugareños se sentirían muy contentos al conocer el gran número de la camada que había sido destruida.

Alguien sugirió y fue aceptado por todos, el asar tres jabatos para comerlos en el almuerzo, y mientras los siervos preparaban éste, los señores con las jaurías siguieron cazando, pero esta vez piezas menores. Sólo Julio Anneo tuvo la suerte de cruzarse con un ciervo al que abatió poniendo una certera flecha en su corazón. Los demás sólo consiguieron conejos y algún urogallo.

Los jabatos estaban deliciosos regados con abundante vino, el cual tuvo la virtud de desatar las lenguas, de forma que la alegría reinase en el improvisado campamento.

Se decidió no quitarle la piel al jabalí y transportarlo tal como estaba, a fin de que durante el camino de vuelta, todos tuviesen la ocasión de admirarlo, pues en verdad era una pieza como nunca se vio igual en aquellos contornos.

La vuelta resultó triunfal gracias a la admiración que la fiera causaba en cuantos la contemplaban, y pronto la forma y el tamaño fue creciendo, conforme los que la habían visto, lo describían a los que no tuvieron esa suerte.

Por consejo de Cástulo, Teodomiro aplazó varios días su visita a la casa de Eurico, pese a que la impaciencia le quemaba. Los días que dejó transcurrir los pasó nervioso e irritable, pareciéndole semanas, tan lento fue su discurrir. Cuando por fin no pudo resistir más, se presentó un atardecer en Orchello, tan solo escoltado por dos hombres.

Eguilona, que desde que volvió de Oriola se encontraba tan nerviosa y desazonada como Teodomiro, había decidido poner un siervo en un sitio elevado, desde el que se dominaba toda la ruta de llegada desde Oriola, con la misión de avisar tan pronto descubriese la llegada del Comes con su comitiva; pues Eguilona, aunque se acicalaba cuanto podía desde la mañana, no deseaba que Teodomiro la sorprendiese sin antes darse un retoque.

En dos ocasiones el siervo había dado una falsa alarma, por lo que recibió una fuerte reprimenda; en vista de lo cual aquella tarde, precavido y escarmentado, al ver acercarse sólo tres jinetes, estimó que no podía ser el Comes, pues su señora le había repetido que con seguridad Teodomiro llegaría rodeado de un gran séquito. Fue así como todos los preparativos de Eguilona se vinieron al suelo, y Teodomiro la encontró dando de comer a los pollos y sin los abalorios que tenía preparados para recibirle. Su arrebol en aquella ocasión no lo produjo tanto Teodomiro, como la vergüenza que sintió al verse sorprendida en tan humilde tarea, el pelo ligeramente revuelto y con las livianas prendas que el calor aconsejaba.

Cuando el ruido de los cascos de los caballos llegó a sus oídos, era demasiado tarde para huir; se volvió y se encontró frente a Teodomiro; permaneció un momento sin saber que hacer y luego, dando un suave grito, tiró el cesto con el grano de las aves y salió disparada como alma que lleva el diablo.

La carcajada de Teodomiro aún resonaba en sus oídos, cuando tras chocar con su abuelo que salía de la casa, cerró ésta dando un portazo.

—¡Loca y condenada mozuela! ¿Adónde vas así que...? —dejó interrumpida su frase al darse cuenta de quien era el recién llegado, y salió a su encuentro un poco nervioso ante las carcajadas del mismo.

—Mi señor, nos sentimos muy honrados con vuestra visita —saludó el anciano.

—¡Salve noble Eurico! —respondió Teodomiro a la vez que descalgaba y entregaba las riendas de su caballo a un siervo que había salido presuroso.

—Al parecer mi presencia ha asustado a vuestra bella nieta, pues por su forma de salir corriendo más parece que ha visto al diablo que a mí —añadió mientras saludaba al anciano.

—Perdonar señor, pues los jóvenes son imprevisibles. Mas tener por cierto que no fue con ánimo de ofenderos si os recibió de esa manera; sino por cosas de mujeres —se excusó el abuelo a la vez que añadía— ¿Puedo ofrecer os un asiento bajo el emparrado, donde, a no dudar, hará más fresco que dentro de la casa?

—En verdad que se está bien aquí con esta brisa de levante —no pudo por menos de decir Teodomiro, una vez que se hubo sentado.

—Si os apetece puedo ofrecer os un buen vino blanco que tengo refrescando en el pozo —ofreció el anciano.

Como Teodomiro aceptase, desapareció dentro de la casa y poco después una sierva precediendo a Eguilona, trajo un mantel, vasos y una jarra de vino.

Eguilona que se había propuesto hacerle pagar sus carcajadas y que él notase cuanto la había ofendido con ellas, guardó un mutismo significativo, aun a riesgo de parecer descortés con el visitante, mas fue poniéndose nerviosa cuando él, aun después de llenarle el vaso de vino, siguió callado observándola atentamente, y al parecer, sin ánimo de dirigirle la palabra. Todos sus planes se derrumbaron cuando éste sonriendo le dijo:

—En verdad que estáis encantadora con ese nuevo atuendo, pero os prefería tal cual os encontré al llegar. ¿Decidme con quien me confundisteis, cuando con tanta celeridad salisteis corriendo?

Unos deseos incontenibles de zaherirle se apoderaron de Eguilona, y no pudo evitar responderle.

—¿Por ventura vuestra condición de Comes os da licencia para venir a mi casa a burlaros de mí?

—Llegué a vuestra casa y me huisteis, ahora me servís vino y ni el saludo de bienvenida os dignáis darme; y por si fuera poco, con irritación me recrimináis. ¿Tanto os ofende que yo me atreva a amaros?

Un manso llanto llenó los ojos de Eguilona de lágrimas, ante las cuales Teodomiro se quedó desconcertado, hasta que avanzando la cogió de la mano a la vez que le acariciaba la cara. Cuando el llanto se lo permitió, dijo Eguilona entre suspiros.

—Os espero día tras día y no venís, y cuando al fin lo hacéis, ¡odioso!, de mí os reís.

Teodomiro incapaz de contenerse por más tiempo, atrajo a la joven a su pecho y juntó su cara a su mejilla, sin que ésta le rechazase; con gozo incontenible comenzó a hablar como un poseso.

—Vuestras palabras llenan mi pecho de contento, pues me dicen, que también vos me amáis. ¡Bendito el infierno que he pasado refrenando mis impulsos por venir a veros! ¡Bendita seáis, por la dicha que me otorgáis! Tanta dicha a imaginar no me atrevía, pues tanta he reci-

bido en este año, que mi cupo pensaba estaba terminado, y lo que más ansiaba no obtendría.

Eguilona le rechazó con suavidad al escuchar unos pasos que se acercaban. Tan pronto llegó Eurico, se dio cuenta por el aspecto de los jóvenes, que algo importante había acontecido. Al no ser mujer, pese a su experiencia de anciano, no había imaginado ni por un momento, que la visita del Comes tuviese más motivo que un simple paseo que le había llevado hasta su casa, pues, si bien su nieta le había dicho, que era posible que el Comes apareciese algún día por su casa, ya que solía elegir para sus paseos aquella ruta, le había ocultado por completo las verdaderas intenciones que le llevaban allí. Por ello, quedó completamente asombrado cuando Teodomiro le dijo.

—Eurico, te pido me concedas tu nieta en matrimonio.

—Si ella está de acuerdo, me consideraré muy honrado en concedértela —respondió el anciano sin salir de su asombro.

Si bien Eguilona conocía el amor de Teodomiro y que ella con su comportamiento lo había alentado, nunca habría supuesto que éste, a la segunda vez que se encontraban, fuese a pedirla en matrimonio. Todo había sucedido tan rápido, tan sin darle tiempo a hacerse a la idea, que no sabía que contestar a la pregunta que le habían hecho a su abuelo. Durante los días que había estado esperando impaciente que el Comes la visitase, había imaginado infinidad de respuestas a sus requiebros, se había preguntado si le gustaba y si sus galanteos serían en serio, o por el contrario, si se trataban sólo de un juego de corte. Preguntó a sus amigas cuáles eran las costumbres de la corte, y si una declaración de amor inmediata entraba entre los juegos galantes de los nobles, o por el contrario podía tomarse por cosa seria. Tan diferentes respuestas recibió que al final, se encontraba más desorientada que al principio; y ahora, de sopetón, se encontraba con una petición formal de matrimonio, hecha delante de su abuelo, sin que antes hubiese sido prevenida...

—Eguilona, el Comes te ha hecho el honor de pedirte en matrimonio —tuvo que repetir el anciano, al ver que su nieta no respondía—. Estamos esperando tu respuesta.

Entretanto Teodomiro viendo que la joven no respondía, interpretó su silencio como una negativa, y sintió por el latido de sus sienes como si su corazón se detuviese, mientras el frío se apoderaba de su cuerpo. Era tal el estado en que se fue sumiendo, que cuando al fin Eguilona dio su consentimiento, apenas la entendió.

Había sido precisamente el aspecto de desesperanza y abatimiento que Eguilona vio en la cara de Teodomiro, lo que le convenció que este estaba profundamente enamorado de ella, y este convencimiento

le decidió a aceptarlo, llevada sobre todo por ese sentimiento maternal que toda mujer lleva en sí, y que le hizo sentirse mucho mayor que Teodomiro, haciendo nacer en ella una ternura que le era totalmente desconocida.

Pese a la insistencia de Teodomiro, quien deseaba que la boda se efectuase rápidamente, Eguilona se mantuvo firme en su condición de que esta tuviese lugar a mediados de septiembre, y que el compromiso se mantuviese en secreto hasta comienzos de agosto. No se sentía segura de sus sentimientos y a sus dieciocho años, lo único que tenía importancia para ella era su corazón, sin que las conveniencias sociales tuvieran tanto peso como para una mujer de más edad.

Como Comes de la Civitate de Aurariola, las atribuciones de Teodomiro eran absolutas. En sus manos estaba el mando militar, el repartir justicia, y recaudar impuestos; todo esto, tal como era costumbre entre los visigodos, lo llevaba acabo con la ayuda de un Vicari, persona ésta, que le sustituía en sus ausencias.

Una de las medidas que desde un principio implantó, pese a la oposición de los tiufados, fue el nombrar un tribunal para impartir justicia. Estaba formado por dos jueces, y se estableció, que caso que ambos estuviesen de acuerdo en la sentencia, esta sería firme, mas cuando los jueces no coincidieran en su apreciación, debían someter el caso al Comes, quien decidía. Esta función decisoria la delegaba en su Vicari, cuando ninguno de los litigantes era noble, o cuando por ausencia y ser urgente la decisión, su Vicari desempeñaba todas las funciones propias del Comes. Uno de los jueces debía de ser de raza goda y el otro hispano-romano, siendo elegidos, además, entre personas de gran cultura y que por su rectitud, mereciesen la confianza de los demás.

El jefe de la fortaleza de Iyyu, buen amigo de Teodomiro, en connivencia con el tiufado de la ciudad, se había apoderado de una heredad a la muerte de un hombre que no dejó hijos, aunque sí parientes lejanos. Los parientes despojados, se desplazaron a Oriola y presentaron su demanda ante los jueces, para lo que tuvieron que incurrir en cuantiosos gastos, al hacer venir a Oriola a los testigos que asegurasen sus derechos. Los jueces requirieron en varias ocasiones a los demandados para que se presentasen ante el tribunal y se defendiesen de la acusación que se les imputaba; mas no escucharon los requerimientos y no se presentaron, creyendo que, por su alta condición, los jueces no se atreverían a condenarlos. Cuando les informaron que iban a sentenciar en su contra, recurrieron a Teodomiro pidiendo su favor. Éste, que se encontraba ligado por los lazos de la amistad, envió un siervo con el

recado que dijese a los jueces, que se declarasen en desacuerdo, y él dictaminaría. Los jueces respondieron al siervo: «Dile a tu señor, que los dos jueces han encontrado justa la reclamación. Que estas personas humildes han hecho cuantiosos gastos al desplazarse a la ciudad, tanto ellos como los testigos que han comparecido, y que debemos dictar sentencia».

Al conocer la respuestas Teodomiro se enfadó y volvió a enviarles al siervo a que les dijese: «Mi señor tiene un gran interés por los demandados y sigue creyendo que os debéis declarar en desacuerdo». Los jueces al oír lo anterior, le dijeron al siervo: «Espera un instante», y reuniendo a los testigos les hicieron firmar; firmando ellos a continuación la sentencia. Una vez hecho todo esto, llamaron al siervo y le dijeron: «Esta es nuestra sentencia que en conciencia encontramos justa. Tu señor tiene poder para revocarla, si así lo quiere, que lo haga».

Teodomiro comprobó que amargo puede ser el poder, cuando se quiere obrar rectamente. Pero una vez pasado el enojo que la respuesta de los jueces le ocasionara, reflexionó que había sido grande su acierto al escogerlos, y se alegró por ello, y en el futuro no escatimó las ocasiones de distinguirlos con su aprecio.

Años después sucedió, que una partida de forajidos que se escondían en los montes del alto Thader, comenzó a aterrorizar la comarca con sus robos y crímenes. En una ocasión asaltaron una alquería y mataron a cinco personas. El miedo comenzó a apoderarse de los caminos, que hasta entonces habían sido tan seguros, y pocas personas se atrevían a viajar como no fuese en grandes grupos y con escolta. Se organizaron varias partidas para dar caza a los forajidos, pero antes de dar con ellos, éstos asaltaron a una niña de trece años, y después de que todos la violaron, la estrangularon y destrozaron salvajemente. Poco después, los bandidos fueron localizados y al oponer resistencia murieron todos, salvo uno que logro huir y el jefe de la banda, que fue hecho prisionero.

Costó gran esfuerzo conseguir que llegase vivo hasta la capital, pues las gentes en el camino querían matarlo.

Durante el juicio, fueron tales las atrocidades que salieron a relucir, que el pueblo pidió que se hiciese un escarmiento ejemplar.

Cuando Teodomiro recibió la condena dictada por los jueces, quedó aterrado de la misma. Mandó venir a los jueces y les solicitó, que puesto que el fin era la muerte, la condena fuese dulcificada, mas éstos se mantuvieron firmes aduciendo que el pueblo reclamaba un castigo ejemplar, y de no producirse, eran de temer disturbios cuya represión podía costar vidas inocentes. Cástulo, aun repugnándole el castigo, aconsejó a su señor que no variase la condena, pues, si el pueblo sabía

que lo había hecho, su desprestigio sería grande, tal era el ambiente de histeria que se había formado con aquel juicio.

En todas las plazas fuertes y aldeas de Aurariola fue leída la condena dictada por el tribunal:

*Por orden de nuestro señor el Comes Teodomiro,
el bandido Eunon, ha sido condenado
por sus muchos y terribles crímenes, a ser:
descoyuntado, castrado y empalado.
La ejecución tendrá lugar en Oriola
el próximo sábado al amanecer.
Se invita a todos los habitantes de
la Civitate, a presenciar este ejemplar
castigo, para que sirva de escarmiento
a cuantos criminales existan.*

Durante la noche se había construido un entablado en la plaza del mercado, frente a la entrada del puente de barcas. Sobre él se encontraba una especie de rústica mesa y dos palos. Uno de ellos, del grosor de un brazo humano, estaba terminado en una punta afilada, mientras el otro, de mayor altura, terminaba en una polea de la que pendía una cuerda.

Al amanecer la plaza del mercado hervía de público. Campesinos, menestrales y soldados de toda la Civitate habían acudido para presenciar la ejecución. Los balcones y azoteas de las casas de la plaza habían sido vendidos a buen precio, a los muchos nobles y damas que no deseaban mezclarse con la chusma. La expectación era grande, pues no se recordaba una sentencia tan severa, por lo que al aparecer la carreta que traía al reo, un aullido se elevó de la multitud.

El reo subió los escalones del patíbulo ayudado por dos bucelarios, mientras el sacerdote que le había asistido, le seguía cansadamente.

Al verlo desnudar a manos de los verdugos, la multitud presa de histerismo prorrumpió en un alarido. Las más groseras frases y comentarios, se escucharon en la plaza, al quedar al descubierto las partes viriles del reo y ser éste tendido sobre los tablones en forma de mesa; tras de lo cual, se procedió a atarle brazos y piernas fuertemente.

Un terrible silencio se produjo cuando los verdugos alzaron sus mazas para romper los huesos del condenado. Cuando las mazas se abatieron sobre las piernas del reo, un estremecedor crujir de huesos hizo erizarse la piel de cuantos presenciaban el suplicio, y la luz del cielo se apagó para el infeliz. Con meticulosidad de expertos, los verdugos fueron rompiendo sus piernas, muslos, brazos y antebrazos. A cada golpe, la tablazón del patíbulo retumbaba y este ruido se transmitía al estómago de los espectadores.

Tras el descoyuntamiento, los verdugos soltaron las manos y los

pies del condenado, que parecía haber perdido el sentido, y atándolo bajo los sobacos, lo izaron mediante la polea que pendía del palo más alto. Después lo descendieron lentamente, hasta que su ano estuvo rozando la punta del palo del suplicio. En este instante, mientras uno de los verdugos sostenía la cuerda, el otro, sacando una afilada daga, con un brusco movimiento, cortó los testículos del reo, y encarándose con la multitud, los arrojó sobre ella.

La tensión de la muchedumbre se relajó, cuando una mujer le gritó a su marido:

—¡Para que veas lo que te puede pasar si sigues metiéndote con las chicas, viejo verde!

—¡Eso le vendría bien a mi marido, a ver si me deja en paz una noche siquiera! —gritó otra mientras era empujada por éste, avergonzado de las risas de la multitud.

En esto, el reo que no había sentido la castración por estar inconsciente pareció recobrar el conocimiento. Los verdugos se miraron, y mientras uno tiraba de las piernas hacia abajo, el otro soltó la cuerda que mantenía colgado al infeliz. Al introducirse el palo por el ano, un grito infrahumano apagó todos los demás, y más de una mujer se puso a llorar, aterrorizada y sobrecogida de espanto.

El alarido se apagó lentamente, mientras la multitud avergonzada comenzó a desalojar la plaza, donde los despojos de lo que había sido un hombre, quedaban enhiestos en un palo, en una contorsión de trapo.

Teodomiro, al no poderse casar rápidamente, como hubiese sido su deseo, decidió que la ceremonia de su boda fuese un gran acontecimiento en todo el reino, por lo que tan pronto anunció oficialmente su compromiso, mandó mensajeros a todos los puntos de Hispania, invitando a los próceres más importantes. Su invitación al monarca, fue especialmente cariñosa, insistiendo sobre el gran honor y la alegría que el rey le proporcionaría, si se dignaba asistir a sus esponsales. La respuesta del monarca no se hizo esperar, excusándose por no poder asistir, dado que su salud dejaba mucho que desear y no le permitía hacer tan largo viaje, mas le prometía que el heredero del trono, Witiza, estaría presente acompañado de los más altos dignatarios de la corte.

Tanto el dux de la Bética como el de la Tarraconense, aceptaron igualmente su invitación, así como numerosos nobles de las otras provincias.

Dado que en palacio era imposible albergar a todos los asistentes, se pidió a los diferentes tiufados de la ciudad, que alojasen algún invitado. El heredero del trono Witiza, así como Roderico, dux de la Bética y Ervagio, dux de la Tarraconense, con sus respectivas casas, se hos-

pedarían en palacio. Se habilitó, además, los alojamientos existentes en la fortaleza de San Miguel, aunque resultaban ciertamente incómodos, dada la gran subida que requerían.

Las fiestas durarían casi una semana, por lo que ya desde finales de agosto, comenzaron a prepararse aquellas viandas que por ser adobadas, resistían los calores del estío, así como, todos los dulces y confituras. Conocedor Teodomiro que aquel año, se habían conservado sin derretir grandes bloques de hielo en una cueva de Aitana, ordenó que la víspera de la boda se trajese hielo metido en paja, para así poder refrescar las bebidas de aguamiel y los afrodisíacos.

Todas las casas de la ciudad fueron encaladas hasta tal punto, que bajo los fuertes rayos de sol, las estrechas calles resplandecían de luz. Las murallas se repararon en aquellos pocos puntos que lo necesitaban y el centro de la plaza del palacio fue empedrado con cheroles de colores, que representaban al pájaro Oriol rampante, escudo de la ciudad.

Atraídos por las seguras ventas, que la reunión de tantos próceres prometía, infinidad de buhoneros vinieron con sus mercancías y abalorios, que junto con los mercaderes de alfombras y los orfebres, dieron una inusitada animación a la ciudad.

Recogidas las cosechas, que aquel año habían sido copiosas, los campesinos disponían de dinero que gastaban con más prodigalidad de lo habitual, llevados por el mimetismo que ocasionaban las grandes compras que la nobleza hacía, ya que todas las damas, tanto godas como hispano-romanas, querían deslumbrar a las demás con sus atuendos; y hasta los siervos de las casas ricas recibieron nuevas vestiduras.

Como tenía que suceder, dada la gran demanda que existía, los precios se dispararon, pues en aquella locura colectiva, parecía que nadie daba valor al dinero.

Para los tahúres, tanta afluencia de gentes fue una bendición divina y su negocio hubiese sido aun mejor, si el Comes, enterado de cuanto sucedía, no hubiese establecido un impuesto especial que debían pagar todos los comercios, gremios, buhoneros, mercaderes y tahúres, y que se destinaba a cubrir los cuantiosos gastos en que la ciudad incurría; el mayor de los cuales era la abundante comida y vino que la ciudad se proponía repartir entre los plebeyos el día de la boda. Había, además, que pagar a los numerosos músicos que vendrían de otros lugares para amenizar las fiestas.

Durante aquel mes, se vio cómo Teodomiro adelgazaba día a día, pues, todas las noches robaba unas horas al sueño para poder pasarlas con Eguilona, tras la dura jornada que la preparación de los festejos le ocasionaba. Allí, a la luz de la luna de agosto, disfrutando de la frescura de la anochecida y mimado por las atenciones de Eguilona, quien

día a día, sin apenas darse cuenta, había visto como su atracción por el Comes se transformaba en un dulce amor, que la hacía reír de continuo y encontrar todo bello. Teodomiro encontraba el descanso escuchando su continua charla y su risa cantarina. Sus grandes problemas causaban en Teodomiro una sensación de alivio, al ver que fácil era su solución; solución que ella aplaudía considerándolo el ser más inteligente del mundo. Había otra cosa en aquella casa que le proporcionaba paz y sosiego, y era la pausada y razonada charla del abuelo. Éste utilizaba mucho en su conversación, los proverbios y dichos del pueblo, y Teodomiro encontraba tanta sabiduría en muchos de ellos, que al volver a palacio, ya bien entrada la noche, los dictaba a Cástulo, del que no había conseguido que le esperase acostado.

Estaba previsto que la novia saliese de casa de sus parientes de Oriola, la cual se encontraba en el camino del palacio a la iglesia del Salvador; de esta forma, la comitiva saldría de palacio y al pasar por la casa, la novia se incorporaría al cortejo.

La ceremonia sería oficiada por el obispo de Ilici-Elota, pues éste se había empeñado en ello, al conocer que el heredero del trono, Witiza, asistiría en representación de su padre.

Si bien la monarquía visigoda no era hereditaria sino electiva, los últimos reinados se habían significado por una marcada tendencia a transformarla en hereditaria y en este sentido, trabajaba constantemente el monarca actual, por lo que todos los partidarios de la casa de Égica, llamaban a Witiza, heredero del trono.

El segundo día de los festejos, se había previsto una demostración guerrera entre dos fuerzas elegidas. Una fuerza de caballería simularía un ataque a la infantería. La caballería, como era habitual entre los godos, montaría sin estribos y utilizaría la maza y el hacha de dos filos, llamada «francisca», mientras la infantería, recibiría el ataque en tres filas. La táctica a emplear por la infantería, y que la caballería ignoraba, consistiría en que los arqueros situados en tercera fila, dispararían a la caballería por encima de las dos primeras filas, a continuación, la primera fila equipada con largas lanzas, dirigiría estas al pecho de los caballos, mientras la segunda fila sostenía fuertemente la contera de las lanzas contra el suelo, donde previamente se habían hecho unos hoyos. Frenado el primer impulso del ataque, la infantería debería, en un rápido movimiento, formar triángulos, dejando un paso estrecho entre ellos, a fin de obligar a la caballería a dividirse entre dos muros de lanzas.

Antes de esta demostración, un esforzado guerrero de Aurariola, desafiaría en combate singular, a cualquier guerrero que lo aceptase de las mesnadas que venían con los invitados.

El tercer día estaba previsto desplazarse a las termas begastrensis, y

así pasar una jornada apacible en la frescura de los baños, todo ello amenizado por representaciones de bufones y bayaderas.

El cuarto día se había organizado una cacería en los agrestes terrenos donde abundaba la cabra hispánica, el corzo y el muflón.

A partir del quinto día, los invitados comenzarían a despedirse, y se concretarían los asuntos que de una forma medio informal, se hubiesen tratado los días anteriores.

Teodomiro tenía especial interés en llegar a convencer a Witiza y los demás nobles toletanus, de lo vital que era apoyar a los bizantinos en su lucha contra los musulimes, pues si Carthago caía, la provincia Tingitana con su capital, Ceuta, estaría seriamente amenazada. Colaborando con Bizancio, de forma que los refuerzos de estos pudiesen pasar por Hispania y enviando víveres y pertrechos, se obtendrían dos magníficos resultados:

Primero, los musulimes serían detenidos por la sangre bizantina y no la goda.

Segundo, enviando víveres y pertrechos pagados por Bizancio, se conseguirían grandes beneficios y se mantendría la flota en continua actividad con un magnífico grado de eficiencia, sin que los gastos recayesen en el tesoro público. Por otra parte, de esta actuación no se derivaría ningún peligro, dado que los musulimes no tenían barcos de gran porte desde Egipto a Ifriqiya.

Aunque Teodomiro consiguió convencer a Witiza y Roderico de lo sensato de su plan, posteriormente Witiza fue incapaz de vencer la resistencia de su padre, y Égica ordenó a Teodomiro que no insistiese más en sus proyectos. Égica se equivocó como en otras tantas cosas, y rechazó el único plan que habría salvado a Hispania.

El sexto día por la mañana, Teodomiro y Eguilona, cansados pero felices, despedían a su último invitado. Sus obligaciones como anfitriones habían sido pesadas, pues las fiestas fueron muy largas y con numerosos actos; por ello, al sentirse solos, un suspiro de alivio se escapó de sus pechos y se sonrieron por primera vez en la intimidad de su nuevo hogar, dándose cuenta que entonces comenzaba de verdad su nueva vida. La rutina, tan preciosa para el que la ha perdido, volvía a sus vidas y comenzaba su larga andadura juntos.

Esto sucedía el 20 de septiembre del año del Señor de 695.

Eguilona se había aficionado tanto a los baños, que Teodomiro decidió comprar una villa en sus cercanías, pues la afición de su esposa se le contagió, y aceptó que Oriola resultaba muy húmeda y calurosa en verano.

Las termas begastrensis distaban mucho de ser lo que habían sido en tiempos romanos, época en que fueron construidas y en la que alcanzaron su máximo esplendor. En la actualidad, sólo se podía utilizar parte de la piscina fría o *frigidarium*, tres baños individuales y la sala de reunión; el resto de las instalaciones se encontraban inservibles sino medio derruidas, tal como sucedía con las habitaciones para desnudarse en los baños públicos *apodyetaria*, las habitaciones caldeadas *caldarium* y la piscina caliente. Las dependencias destinadas a tomar baños de vapor eran utilizadas actualmente para desvestirse y la palestra o *gymnasium* se utilizaba como cuadra. En cuanto al *untorium* o sala dedicada al embellecimiento y limpieza de la piel, estaba reducido a un montón de escombros.

Al no existir piscina caliente ni habitaciones caldeadas, los baños debían permanecer cerrados la mayor parte del año, razón por la que llevaban una vida precaria.

Si bien en el reino visigodo no se utilizaba casi nunca el nombre de esclavo, la esclavitud persistía en la realidad, llamando a los esclavos, siervos *inferioris*. La única diferencia que existía entre un esclavo y un siervo *inferiori*, consistía en que sobre éste, el señor no tenía derecho de vida o muerte, pero al igual que los esclavos, eran susceptibles de ser comprados y vendidos. Sisebuto en un gesto inusitado de magnanimidad, una vez que tomo Carthago Spartaria a los bizantinos, les otorgó la libertad, para lo que tuvo que rescatarlos de su propio peculio, pues ya habían sido repartidos entre la tropa.

Tras la victoria obtenida por Teodomiro sobre los bizantinos, le correspondieron sesenta prisioneros, y dado que aquel otoño no cayó lluvia alguna, inducido por Eguilona, decidió emplearlos en la reconstrucción de las termas begastrensis. Se construyó primero un pequeño poblado para albergar a los siervos *inferioris* y los capataces que dirigirían la obra, al cual se bautizó con el nombre de Bigastri¹, para diferenciarlo de la sede episcopal de Begastri², y en honor al nombre de las termas.

Las obras de restauración comenzaron en noviembre del año 695 de nuestro Señor, y pronto el poblado fue creciendo con la llegada de comerciantes y mujeres de vida equívoca. Su importancia creció, cuando el rey Égica a petición de Teodomiro, concedió el aprovechamiento de la leña de los montes reales, para las necesidades de las termas.

Teodomiro había ido dilatando el cumplimiento de la promesa que hizo a Zaquén, de construir un hospital, y dotarle de una asignación dineraria suficiente para su mantenimiento. Cuando consiguió del rey Égica el aprovechamiento de la leña de los montes reales,

1 Bigastri: Bigastro. 2 Begastri: Cehegín.

supo que esta concesión podría cubrir también los gastos del hospital.

Llamó a Zaquén y le pidió que visitase los posibles edificios en venta para escoger el que considerase más apropiado para el hospital. Al oeste de la ciudad, en la calle que salía hasta la puerta norte, por la que se cogía el camino para remontar el río Thader, existía un viejo caserón de recios muros de piedra con todo su interior en mal estado y la techumbre con las tejas muy deterioradas, que por su amplitud y situación, una vez restaurado podía servir para los fines que se intentaban. Tenía la ventaja, además, de ser propiedad pública. Esta propiedad la habían adquirido los bienes reales, en clara puja con la iglesia. Al morir su último propietario sin dejar descendencia ni parientes próximos ni lejanos, la iglesia se presentó a las autoridades, asegurando que la última voluntad del enfermo había sido donarlo al obispado. Aunque no tenía ningún documento que acreditase, sus afirmaciones, compareció con dos testigos que decían haber estado presentes cuando el enfermo donó verbalmente el bien, en su lecho de muerte, al obispado. Se pudo demostrar que el día en que decían haber presenciado la donación, uno de los testigos se encontraba lejos de Aurario-la, por lo que se infería que el otro también había mentido, y los jueces otorgaron la propiedad al municipio.

Teodomiro vendió la propiedad de los sesenta prisioneros que le habían correspondido, a la población griega; con la obligación, de que estos prisioneros seguirían trabajando en la reconstrucción de las termas bigastrenses, hasta su terminación, momento en que volverían a ser libres, pudiendo escoger entre retornar a Carthago o quedarse en el Condado. Con el dinero obtenido de la anterior venta, pudieron comenzarse las obras del hospital.

Se deseaba tener un espacio destinado a la llegada de enfermos, donde se les haría una primera cura y diagnóstico. Quienes lo necesitaran serían hospitalizados en dos grandes dormitorios, uno para mujeres y otro para hombres; habría, además, unas cocinas, una herboristería y una vivienda aparte para unos cuantos servidores. Si bien la construcción era en cierto modo modesta para sus fines, su coste sobrepasaba con creces las posibilidades del Comes, por lo que Teodomiro invitó a la Iglesia, a la comunidad judía y a todos los próceres de la Civitate, a colaborar en su construcción. Ante la sorpresa del Comes, la aportación de la Iglesia, fue realmente generosa, no así la de los nobles tiufados, quienes pretendieron que era un impuesto y no una aportación voluntaria. Las comunidades judía o hispano romana, ofrecieron una aportación modesta, si bien no despreciable.

Zaquén estaba tan entusiasmado con el hospital, que cuanto tiempo libre tenía lo dedicaba a supervisar las obras. Una mañana que se

encontraba en ellas, vino a su encuentro un joven modestamente vestido; su mirada reflejaba inteligencia y sus modales correctos, no muy tímidos ni atrevidos, predisponían en su favor.

—Señor —dijo dirigiéndose a Zaquén—. Busco a un judío, que según me han dicho, es quien manda en este futuro hospital, ¿podrías indicarme dónde se encuentra?

Zaquén no supo si enfadarse por la pregunta, puesto que el calificativo de judío, siempre entrañaba menosprecio si quien lo pronunciaba era un cristiano. Se dio cuenta que el joven no había encontrado en él ninguno de los signos externos que le identificaban como judío y optó por preguntar:

—¿Para qué lo buscáis?

—Intento entrar como estudiante y que él sea mi maestro, pues al ponerlo el Comes como director, forzosamente debe de ser bueno —respondió el joven.

—¿Tenéis nociones de medicina? —replicó Zaquén.

—Sólo os he preguntado si sabéis dónde se encuentra, así que no comprendo tanta pregunta, pero si tanto os interesa, sabed que he estado casi dos años de ayudante de un cirujano-barbero recorriendo toda la Bética. Pero decidme de una vez, ¿sabéis o no dónde se encuentra?

—Joven, yo soy Zaquén, el judío por el que preguntáis. ¿Tenéis algo contra los judíos?

El joven se ruborizó intensamente y comenzó a mesarse las manos nerviosamente. Se había dado cuenta de la torpeza que había cometido, e intentaba enmendar el yerro, mas, a todas luces, no encontraba las palabras apropiadas.

—Perdonad señor. No fue mi intención ofenderos. Yo soy cristiano, pero antes mi abuelo, pasó de católico a arriano, cuando llegaron los Godos, y luego mi padre, pasó de arriano a católico, cuando el rey godo se convirtió al Catolicismo. Como mi padre decía, todos creemos en el mismo Dios, y poco nos importa obedecer a unos o a otros, tanto en religión como en las otras cosas. Lo importante es sobrevivir y evitar que te carguen con los impuestos más pesados. Los pobres siempre seremos pobres con unos o con otros. Zaquén sonrió ante aquella avalancha de palabras y preguntó.

—Ya veo que a ti te da lo mismo ocho que ochenta, pero dime ¿por qué quieres ser médico, crees que tienes condiciones para serlo?

—Yo sí que creo que tengo condiciones para serlo y, así lo decía el físico Mandonio con el que he estado dos años, mas en todo caso, es a vos, caso que aceptéis tomarme por discípulo, al que corresponde decidirlo. Como sacamuelas y para sajar forúnculos y abscesos, Mandonio decía que tenía incluso más habilidad que él.

—¿Y por qué dejasteis a vuestro maestro?

—Se había hecho viejo, sus huesos ya no soportaban el ir de un pueblo a otro, con buen o mal tiempo, y como tenía comprada una casa y unas tierras allá en el sur, así como una buena bolsa ahorrada, me ofreció venderme el carro y todos los utensilios; mas, como yo no tenía ni un denario, y él no quiso fiar, tuve que tomar otro rumbo. Tras unos meses de vagar por los caminos, ofreciéndome como sacamuelas, la verdad que con muy poco éxito, ya que no tenía ni medios y la gente no se fía del que no tiene nada para aparentar, supe que aquí se construía un hospital y aquí me encaminé.

—Tú no eres goda ni romano, ¿quién eres en realidad?

—Mi abuelo decía que el suyo, hace ya mucho tiempo, le contaba que ellos eran batestanos en la antigüedad, pero una abuela se había casado con un fenicio, que cuando los negocios le fueron mal, la abandonó dejándola con todos los hijos y nada que comer.

—¿Sabes leer y escribir? —preguntó Zaquén.

—Mi padre me llevó a un pequeño monasterio que había cerca de nuestra casa, y me dio como criado. Los monjes me enseñaron a leer y escribir y las cuatro reglas. El prior se encaprichó de mí y me enseñaba cuanto él sabía; así que sé algo de San Agustín, y de teología. El prior quería que entrase a monje, pero como a mí me gustan las mujeres, un buen día me escapé y tras un tiempo de pasar hambre y mendigar, me encontré con Mandonio, quien me acogió por encontrarse débil y achacoso en aquel momento.

—¿Y es solo por esto que quieres ser médico?

—Cuando quitaba una muela a alguien que padecía mucho, y al otro día me lo encontraba y me daba las gracias con una sonrisa, ¡no sé! Me sentía bien y contento, me parecía que yo era alguien y que el ayudar a otros resultaba gratificante. Yo hacía mi trabajo no sólo para que me pagasen, en realidad, más de una vez dejaba de cobrar si Mandonio no me veía, y el pobre que había asistido me parecía muy necesitado, y entonces, me sentía más alegre aún. No vaya usted a pensar, señor Zaquén, que a mí no me gusta el dinero, todo lo contrario, me gusta mucho, sobre todo cuando no lo tengo.

—¿Y tú hablas tanto en todas las ocasiones? —preguntó Zaquén ante las largas explicaciones que obtenían sus preguntas.

—No tanto como con usted, pero sí, todos me dicen que soy muy locuaz, y que el que mucho habla mucho yerra. Mas no sé, me da la sensación que las gentes agradecen que se les hable; se sienten importantes, y bien merece que se cometa una falta con uno, si otros muchos quedan satisfechos. Pero si vos queréis que calle, sólo tenéis que decírmelo. Siempre sé guardar un secreto si lo merece o se me pide.

—Todavía no me has dicho cómo te llamas.

—Mendíbil de Urci —respondió escuetamente el joven.

—¿Tienes dónde alojarte?

—Llegué ayer a Oriola y no conozco a nadie.

—Coge tu petate y sígueme. Junto a la casa de mis padres hay una habitación en la que puedes alojarte. ¿No te importará vivir junto a unos judíos?

—¿Esto quiere decir que me tomáis como discípulo? —preguntó Mendíbil.

—Calla y no hables más, que me va a entrar dolor de cabeza —evitó Zaquén responder a la pregunta.

A medio camino de la casa de Zaquén, se tropezaron con Marcelo. El hombre marchaba apoyándose en una muleta y aunque entorpecía el paso por la estrecha calleja no se molestó en echarse a un lado, obligando a Zaquén y su acompañante a apretujarse contra el muro. Si bien su mirada seguía teniendo el mismo odio, tal vez acrecentado por saberse deudor de la vida, a quien tanto detestaba; en aquella ocasión dejó de dirigirle su frase preferida «Perro judío». Mendíbil, que notó la tirantez de la situación, dirigió una mueca interrogativa a Zaquén, quien en respuesta le dijo:

—Si has de ser mi alumno, piensa que te has cruzado por primera vez con un enemigo irreconciliable. Guárdate de él. Es peor que una víbora, ésta ataca para comer o defenderse, éste lo hace por placer, por hacer daño, sin ningún fin.

Tan pronto llegaran a casa de Zaquén, éste explicó que Mendíbil sería en lo sucesivo su discípulo y se alojaría en la habitación aneja a la casa. Que aparte de su trabajo como alumno, Mendíbil estaría obligado a ayudar a su padre y su madre en cuantos trabajos de la casa fueran necesarios, a fin de pagar su alojamiento y manutención.

Aunque los padres de Zaquén se mostraron muy correctos con Mendíbil y éste no pudo advertir nada, el médico supo que sus padres desaprobaban su decisión, sintiendo una gran contrariedad por la misma. Zaquén, tanto por aceptar la dirección del hospital, por ésta y otras cosas, estaba llamando mucho la atención hacia los judíos, y la larga experiencia había enseñado a los mayores, que si surgía cualquier dificultad en la Civitate, las masas se alzarían contra ellos, azuzados por la envidia de los privilegios que el Comes le concedía.

A principios de marzo de 696, las noticias que llegaron de Carthago fueron alarmantes. Las fuerzas del Islam se preparaban para una gran ofensiva contra las posesiones bizantinas en África, las cuales tenían

muy pocas posibilidades de mantenerse sin la ayuda directa de Constantinopla, ya que la región se encontraba muy poco helenizada, y sus naturales difícilmente apoyarían a los bizantinos.

Pese a las órdenes de Toletum de no inmiscuirse en la lucha, Teodomiro envió dos trirremes a Carthago para entrevistarse con el Exarca bizantino. Estas naves tenían la orden de recorrer después las costas de la Pentápolis¹, para controlar qué fuerzas navales tenía el Islam en aquella región, y apresar cualquier nave muslim que encontrasen.

El arconte Calinio que mandaba las naves godas, fue cariñosamente recibido por el Exarca, quien le acogió con todos los honores y le agasajó conforme a su condición. Calinio explicó al Exarca, cuales eran los pensamientos de Teodomiro, y cómo el rey había rechazado cuantos intentos hizo éste para convencerle de ayudar a los bizantinos. Teodomiro sugería al Exarca, que hiciese llegar una misiva a Justiniano II, a fin de que este enviase una embajada a Toletum, solicitando de Égica la ayuda que el Comes estaba dispuesto a prestar a Carthago. El Exarca estuvo de acuerdo con la sugerencia, y se comprometió en tal sentido.

Cumplida su embajada, las naves godas zarparon con rumbo al este de la Pentápolis. Llegadas que fueron a las proximidades de Alejandría, la cual ya no ostentaba la capitalidad de Egipto, pues los musulimes la habían trasladado a la recientemente fundada ciudad de Fastat², dieron la vuelta sin haber encontrado ni una sola nave muslim de gran porte. Fue durante el retorno, y ya cerca de Carthago, cuando divisaron un transporte de gran porte que se dirigía a la costa de la ciudad de Qairuan, fundada últimamente como ciudad campamento por los musulimes.

La nave fue alcanzada ya cerca de la costa, por lo que la mayoría de sus tripulantes se arrojaron al agua a fin de alcanzar tierra a nado. Sólo cuatro personas quedaban a bordo, que no se habían atrevido a huir por no saber nadar. Se mandó una tripulación de emergencia a la nave apresada y los tres barcos tomaron el rumbo de Portus Illicitanus.

Entre las personas apresadas en el transporte, había un viejo llamado Tabari ab Sinan, quien en su juventud había intervenido en la redacción oficial del Corán, ordenada por el sultán Utmar. Para este menester había sido preciso recoger las enseñanzas del Profeta, de labios de los que las habían escuchado, así como, de los escritos incompletos que recogían la vida y Suras de Mahoma. Cuando Teodomiro supo estos extremos, mandó le fuese enviado el prisionero, pues deseaba que viviese en palacio, para de esta forma, tener ocasión de charlar con él a fin de instruirse sobre el Islam, esa fogosa filosofía que había hecho que cientos de tribus nómadas, desunidas y a menudo enemigas, se agrupasen por la fuerza de un hombre y sus ideas.

1 Pentápolis: Norte de África. 2 Fastat: El Cairo.

En su primera entrevista con Tabari, se mostró muy cortés y atento, le hizo sentar tan pronto estuvo en su presencia, y le dijo:

—He ordenado que se te den unos buenos aposentos y que se te trate como a un invitado. Espero que mis órdenes hayan sido cumplidas.

—Gracias Sahib por las mercedes que concedes a un siervo del Señor. Este sabrá premiarte cual mereces —respondió Tabari.

—Tengo grandes deseos de que me informes de cuanto vuestro Profeta dijo sobre nosotros los cristianos.

—El Profeta, alabado sea su nombre, nos dijo que no hay razas superiores ni inferiores. Que todos los hombres y todos los pueblos son iguales —y añadió a continuación—. Para que tú mismo juzgues, te repetiré las palabras exactas del Profeta:

«Mortales, os hemos creado de un hombre y una mujer, os hemos repartido en pueblos y en tribus, para que os distingáis los unos de los otros».

—Sabias en verdad fueron sus palabras —comentó Teodomiro—. Pero dime, ¿dijo algo especial sobre los cristianos?

—Te volveré a responder con las palabras exactas del Profeta:

«Ciertamente, quienes creen y practican el Judaísmo, y los cristianos y sabeos: en una palabra, quienes creen en Dios y el día final y hacen el bien, recibirán la recompensa de las manos de Dios; Quedaran exentos del temor y de los suplicios».

—Si esas son las enseñanzas que vuestro Profeta os dio, ¿cómo combatís tan fieramente a los bizantinos que son cristianos? —respondió Teodomiro.

—¡Por ventura no lucháis cristianos contra cristianos, e incluso, hermanos contra hermanos, vosotros mismos!

—De nuevo, sabia es tu respuesta, y veo cuán difícil debe ser enfrentarse a ti en una discusión, cosa que Dios me libre de intentar, pues lo que ahora hago no es polemizar, sino enterarme de lo que desconozco —alabó el Comes al anciano—, es por ello que me atrevo a preguntarte: ¿qué dice tu Profeta de Jesús y su Santísima Madre?

—Prudente Teodomiro, veo que tu fama de guerrero menosprecia tu joven sabiduría, que hará de ti con la edad, uno de los más sabios de tu país. Justo es que responda a tu pregunta con la misma verdad que tus palabras merecen, pero al igual que en las anteriores ocasiones, no seré yo con mi verdad falible quien responda, sino el mismo Profeta, quien, en ocasión de presentar a su primo paterno, Jafar al Negus, le escribió la presente carta:

*De Maboma, enviado de Dios, a An Nadjachi, rey de los abisinios.
Te dirijo las alabanzas de Dios, fuera del cual no hay otro Dios,
el Soberano, el Santo, el Pacífico, el Protector y Socorredor. Y doy*

testimonio de que Jesús, hijo de María, es el Espíritu de Dios y su Verbo, que ha concebido en María, la Virgen, la Virtuosa, la Inatacada, que lo ha llevado por efecto de su Soplo, así como había creado a Adán con su propia mano.

Además, Sahib, en la decimonovena sura del Corán, el Profeta afirma que cree en la Santísima Virgen Maria y en el Mesías, que es el Verbo de Dios.

—Por tus palabras, podríamos creer, que también vosotros creéis que Jesús el Salvador, es también Dios, tal como creemos los cristianos —dijo Teodomiro, curioso por la respuesta que habría de recibir.

—Perdona Sahib, pues no quisiera ser irrespetuoso con tu fe, mas ya que me preguntas debo responder honradamente —dijo el anciano con un cierto embarazo, y añadió—: Nosotros no creemos que Jesús sea Dios, sino un Profeta, y como a tal le honramos. Nosotros no entendemos ni aceptamos lo que vosotros denomináis la Trinidad de Dios.

—Mal podríais entenderlo, cuando nosotros los cristianos lo llamamos el Misterio de la Santísima Trinidad, y como tal misterio, nos es desconocida su interpretación.

—¿Y cómo es que creéis en lo que no entendéis? —preguntó Tabari.

—Somos muchos los que pensamos, que si con nuestras limitaciones humanas, entendiésemos al Dios infinito, este Dios no merecería ser adorado —respondió Teodomiro.

En este momento fueron interrumpidos por la entrada de Eguilona en la estancia, quien al ver que Teodomiro se encontraba hablando con el árabe, hizo ademán de retirarse.

—¡Entra, entra! —le invitó Teodomiro, interrumpiendo su salida—. Quiero que conozcas al sabio islamita Tabari ab Sinan, con el que estoy sosteniendo una conversación muy interesante —dijo mientras presentaba a su esposa, y dirigiéndose de nuevo a Tabari, le preguntó—: Volviendo sobre la carta que Mahoma dirigió al Negus, y de la que antes me hablaste. ¿Qué significado atribuyes tú a la palabra «Inatacada» que tu Profeta atribuye a la Santísima Virgen?

—En mi humilde entender, el Profeta quería indicar, que nunca fue atacada por el Malvado —respondió Tabari.

—¡Ves Eguilona! ¡Lo ves! Hasta el mismo Mahoma reconoce la Inmaculada Concepción de la Virgen, y en cambio nuestros obispos e incluso el Papa, se resisten a aceptarla, pese a que todo el pueblo lo proclama a voz en grito —exclamó Teodomiro completamente excitado.

—Por favor mi señor, éstas no son cosas que debemos comentar delante de islamitas —respondió Eguilona.

Ante estas palabras, Tabari pidió permiso para retirarse, y salió dignamente al serle concedido.

Tan pronto el árabe abandonó la estancia, el Comes detalló a su mujer toda la conversación que acababa de sostener, y terminó:

—Creo que este árabe nos será de suma utilidad, pues por él conoceremos a los islamitas, con los que a no tardar mucho nos veremos enfrentados.

La sombra del Islam se abatía sobre un hombre que intuía la historia, mientras el reino visigodo vivía de espaldas a ella, cegado por sus luchas intestinas, que hacía que el pueblo llano se distanciase cada vez más de sus dirigentes, tal como había sucedido en el período tardoromano que precedió a las invasiones de los bárbaros.

La embajada que Teodomiro había sugerido que enviase el Basileus a la corte de Toletum no llegaba, y mientras tanto se producían las primeras derrotas bizantinas en las escaramuzas previas con las avanzadillas del ejército muslim.

Desde sus tiempos de gardingo¹ del rey Égica, una entrañable amistad le unía al Comes Julián, quien en la actualidad se encontraba al frente de la Tingitania. Decidió escribir a Julián una extensa misiva en la que relataba todos sus temores y las iniciativas que había tomado a fin de que el rey se decidiese a ayudar a Carthago, pero como todas sus tentativas habían fracasado. Al final le pedía encarecidamente que enviase a Carthago a su mejor capitán, a fin de que, como observador, aprendiese la forma de luchar del ejército islamita, a la vez que por su parte haría lo mismo, pues consideraba que dicho conocimiento les podría ser de suma utilidad.

Entretanto, las obras de restauración de las termas bigastrenses, nombre con las que la había rebautizado para evitar la confusión, y tomando el de la aldea que había fundado el año anterior, estaban casi terminadas, pues al haberse perdido parte de la cosecha de trigo, a causa de unas pertinaces lluvias, completamente inhabituales en la región, se empleó un gran número de mano de obra sobrante, para acelerar los trabajos de las termas.

Precisamente el hecho de la mala cosecha habida aquel año, caso que solía acontecer periódicamente, bien fuese por falta de lluvias o por inundaciones del río Thader, le hizo pensar en lo necesario que era la construcción de una serie de graneros de gran capacidad, que en los años de penuria resolviese el problema. Cuando consultó con Cástulo su idea, pues éste siempre le servía de consejero, Cástulo le indicó que, una vez construidos los graneros, se dictase una ley que obligase a depositar el diez por ciento de la cosecha en los años de abundancia.

1 Gardingo: Guardia personal del rey visigodo.

Esta medida estabilizaría el precio del trigo, a la vez que prevendría la escasez en los años difíciles.

En el mes de julio se supo que Carthago había sido sitiada por los musulimes y un mes después llegó a Aurariola el capitán que Teodomiro había enviado a Carthago, con la noticia de que en pocos días, la flota que estaba terminando de construir Musa ibn Nusayr, bloquearía la ciudad por mar. Los griegos sólo disponían de dos birremes viejas y tres buques de transporte que habían estado abasteciendo la ciudad por mar desde Rávena. Según los espías, los musulimes estaban construyendo cinco trirremes modernas, bajo la dirección de un maestro calafate griego, que había sido hecho prisionero en la línea de los montes Tauro, y que el sultán había enviado a Musa.

Sobre la forma de luchar en tierra los musulimes informó que, las fuerzas islamitas estaban integradas por un ejército regular o Chund, y luego por innumerables musulimes con poca experiencia militar, que se agregaban por su propia voluntad, con la esperanza del botín a conquistar. El Chund en particular, estaba formado por aguerridos soldados que si bien no disponían de corazas dignas de tal nombre, luchaban con gran valor y pericia. Lo verdaderamente temible de los musulimes, era su caballería, por la pericia inigualable de sus jinetes. Estos llevaban corazas muy ligeras y casco protector en la cabeza, pero precisamente por la ligereza de sus defensas y por su maestría con el caballo, si tenían espacio para maniobrar, resultaban poco menos que invencibles. La espada que usaban y que ellos llamaban alfanje o cimitarra, ancha en la punta y curvada desde la empuñadura, resultaba sumamente útil para la lucha a caballo y ocasionaba terribles destrozos en el enemigo, al poder hacer las funciones del hacha y de la espada. Dado que la mayoría de los guerreros eran de estatura mediana y magros de carne, unido a las pocas defensas que llevaban, el caballo iba poco cargado, por lo que la caballería solía llevar a la grupa peones, que poco antes del choque con el enemigo, saltaban hábilmente a tierra y a la carrera atacaban al jinete que habiendo salido sin daño del encuentro con los jinetes musulimes, llegaban desequilibrados y la mayoría de las veces desapercibidos del ataque que sufrirían por parte de los peones transportados de ese modo. En el ataque lanzaban espeluznantes alaridos, que al soldado bisoño, dejaban despavorido. Los jinetes musulimes por su habilidad y ligereza, en muchas ocasiones lograban volver su cabalgadura y atacar de nuevo, antes que el jinete enemigo hubiese dado la vuelta, por lo que no tenía salvación al ser atacado por la espalda.

Preguntado por el Comes sobre alguna observación especial, se le indico que los árabes tenían un verdadero amor por los caballos, razón por la cual, jamás atacaban a éste con ánimo de desmontar al jinete. En

cuanto a la infantería, solía atacar formando grupos de tres o cuatro personas, siendo el más fuerte o el más diestro, quien formaba punta, mientras el resto procuraba defenderle a la vez que combatían.

Tan pronto Teodomiro estuvo en posesión de esta información, escribió al Comes Julián, dándole cuantas explicaciones pudo y rogándole que si su hombre había vuelto, le informase de sus comentarios.

Mas no era Teodomiro un hombre que se limitase a informarse solamente. La información le servía para actuar, si así lo requería esta. Así que ordenó al capitán que, tras tomarse quince días de descanso, escogiese cincuenta jinetes entre los que estimase más hábiles con el caballo, y los instruyese exactamente como luchaban los musulimes, incluyendo el uso del alfanje y la armadura que estos utilizaban. A la vez debía instruir otros cincuenta hombres para actuar como lo hacían los peones montados a la grupa. Le daba seis meses para que el batallón formado estuviese instruido a la perfección, en cuyo momento, estas tropas se enfrentarían a unidades regulares godas. Teodomiro no estaba dispuesto a que llegado el momento, sus tropas fuesen sorprendidas por las tácticas del enemigo, mientras éste, aguerrido tras muchas batallas, conociese exactamente como ellos iban a actuar.

Informó como era su costumbre al rey, y le aconsejó que todas las tropas godas hiciesen como él, pues seguía insistiendo, que tarde o temprano, el enfrentamiento se haría inevitable.

En aquellos días un delicado problema se le presentó al Comes, cuando unos cuantos clérigos enemistados con el presbítero de la iglesia del Salvador, le denunciaron al obispo de Elota-Ilici. Afirmaban que éste había tenido un hijo con una sierva.

En el sínodo del año 655, se había prescrito que toda persona nacida de ilegítima unión de un obispo, presbítero, diácono o subdiácono, se la condenaría a esclavitud perpetua.

El presbítero Múmulo, que así se llamaba el del Salvador, recurrió ante Teodomiro, pues el obispo había ordenado que, tanto la madre como el hijo, le fuesen enviados para así pasar a integrarse entre los esclavos de su casa.

Si bien Teodomiro estaba de acuerdo en que debían tomarse medidas conducentes a cortar el estado denigrante en que se encontraba el clero y los monjes, estimaba que dictar leyes que luego era inhumano cumplir, resultaba contraproducente y desde luego no resolvían el problema, sino más bien lo agravaban.

El bajo clero, de una ignorancia increíble, se desenvolvía en un ambiente envilecido y una miseria oprobiosa, particularmente en los

sectores rurales. Para poder subsistir, tenían que echar mano de ventas simoníacas y gravámenes anticanónicos. Algunos sacerdotes, para economizar, consagraban con pan común y se reservaban las ofrendas, con el fin de poder sustentar a sus familias. Muchos clérigos se hacían monjes, ya que éstos estaban considerados como seculares y así podían casarse, pese a que tal maniobra estaba prohibida. Cuando en cierta ocasión, el Papa aconsejó al metropolitano de Toletum, que no se consagraran personas ignorantes, éste tuvo que responderle, que si tal se hiciese, no habría pastores para la iglesia, pues estos solían provenir de las clases más humildes, y por lo tanto incultas.

Cuando Múmulo recurrió al Comes con la esperanza, que dadas las malas relaciones que le unían al obispo, éste se decidiese a ayudarle, Teodomiro se encontró con un arduo problema. Por una parte le repugnaba que dos personas fuesen reducidas a esclavitud, pero por otro lado, el obispo tenía plena autoridad para exigir lo que pedía.

—Múmulo, ¿cuándo tienes que cumplir la orden del obispo? —preguntó Teodomiro.

—Pasado mañana, lo más tardar —le respondió éste.

—Pues marcha a tu casa y vuelve mañana. Veremos si existe alguna posibilidad de ayudarte.

No bien salió Múmulo de la estancia, Cástulo que había estado presente en la entrevista, no pudo menos de decir:

—Teodomiro, nada bueno puede seguirse de que intervengas en este caso, el obispo obra conforme a ley, pese a que conozco otros muchos casos similares en los que el obispo ha hecho la vista gorda. Es seguro, que en esta ocasión, el obispo aplica la ley, porque conoce las buenas relaciones que te unen a Múmulo. Nada me extrañaría que el obispo espere que tú intervengas, y así poderte demandar ante el Metropolitano.

—Estoy completamente de acuerdo contigo en cuanto dices, pero debe haber algún medio para ayudar a Múmulo sin que yo me vea comprometido, y por la cara que se te está poniendo, adivino que algo se te ha ocurrido.

—Seguro, no existe ningún medio, pues la mayoría de los secretos terminan por conocerse, pero dentro de los que presentan menor riesgo, está el hacerlos huir. Una nave tuya sale de Portus Ilicitanus con destino a Marsalia¹, precisamente mañana al anochecer. Si Múmulo envía a la madre y al hijo mañana temprano, bajo la custodia de un siervo de confianza, se podría embarcar a los tres con destino a Marsalia. Para evitar sospechas del obispo sería preciso que Múmulo diese una fuerte suma de dinero a su sierva, y esto ante testigos. Mientras, habría que encontrar una mujer y un niño que hubiesen muerto, para

1 Marsalia: Marsella.

esconderlos no lejos del camino. Después de vestirlos con las ropas de la sierva e hijo de Múmulo, se les desfiguraría la cara con una piedra manchada de sangre, para que las gentes creyesen que había sido el siervo quien los había matado para robar el dinero y huir a continuación. Cuando se encuentren los cadáveres, lo más seguro es que la putrefacción esté en estado avanzado y nadie pueda reconocerlos.

—Doy mi acuerdo. Encárgate de ello y procura que Múmulo no aparezca por palacio en una larga temporada, para evitar sospechas de ningún genero. Dile además de mi parte, que como pago por este favor, exijo de él, que en lo sucesivo sea un sacerdote digno de tal nombre.

Zaquén ben Isaac conoció a Tabari ab Sinán, cuando por motivos del estado avanzado de gestación de Eguilona fue llamado a palacio para examinarla. Al salir de los aposentos de Eguilona, el Comes, acompañado de Tabari, se adelantó a preguntarle con un cierto nerviosismo:

—¿Cómo se encuentran mi mujer y el niño?

—Eguilona se encuentra realmente bien —respondió Zaquén—. El niño está atravesado, lo que es normal en muchos casos, pero llegado su momento se girará, bien sea solo, bien con mi ayuda. Permíteme Comes que te presente a mi discípulo Mendibil de Urci —añadió empujando un poco a éste que se encontraba casi a su espalda.

—Me das una alegría con tus palabras. Procura no salir de Aurariola, ya que supongo que el nacimiento está próximo, y si sales, ten siempre informado a Cástulo para que pueda avisarte —y dirigiéndose a Mendibil, prosiguió—. Joven debes saber que Zaquén es muy querido por mí, no sólo porque seamos amigos desde niños, sino también, porque como médico nadie hay que le supere en la Civitate. No pudiste escoger mejor maestro.

Se volvió a Tabari, y poniéndolo a su altura lo presentó como un sabio islamita, que en lo sucesivo viviría en palacio.

Tan pronto el Comes los dejó, Zaquén invitó a Tabari a las reuniones que los domingos por la tarde tenían un grupo de ilustrados en las artes y ciencias. Esta reunión era muy apreciada por cuantos sabios pasaban por Oriola¹.

Al salir de palacio, Mendibil preguntó a su maestro:

—¿Cómo es que los niños giran en el vientre de su madre?

—El niño flota en un líquido que se encuentra en una bolsa, de la misma forma que nosotros nadamos en un río. Al nacer, los niños tie-

1 Oriola: Esta denominación de Aurariola ya comenzaba a utilizarse mucho por el pueblo en aquel entonces.

nen que salir de cabeza por el canal materno. Si vienen de pie, hay que procurar que los dos pies salgan a la vez, o de lo contrario se atrancará y será imposible sacarlo. Aun así, luego viene el obstáculo de los brazos que se abren y pueden igualmente impedir su salida, de ahí que sea tan importante hacerlos girar antes de que se coloquen.

—¿Y qué sucede si se encajan?

—Desgraciadamente, el niño morirá asfixiado rápidamente, mientras la madre tendrá una agonía larga y terrible.

—¿Y no se puede hacer nada, maestro?

—Caso de que el niño venga de pie, existe la posibilidad de hacerle la cesárea, llamada así, porque según se cuenta, fue el emperador Nerón el primero que nació de este modo. Se corta verticalmente hasta que se llega a la matriz, se saca al niño y luego se vuelve a coser. El niño vive, pero son muy pocas las mujeres que sobreviven a esta operación.

—¿Murió acaso la madre de Nerón?

—No, logró salvarse, mas bien le habría valido morir, pues el monstruo que engendró, años después, deseó ver donde había estado en el seno de su madre y mandó abrirle el vientre. Te imaginas cuánto debió sufrir aquella mujer, ¿hay algo más horrible que tu propio hijo te asesine?

Habían llegado al mercado, que por ser martes estaba mucho más concurrido que los demás días de la semana. Por todas partes se escuchaban gritos y discusiones, risas de jóvenes mujeres, que al ir en grupo, se burlaban de los hombres, que irritados e indefensos de sus chungas hirientes, coreadas por comentarios femeninos, sólo se atrevían a exclamar, ¡Va, mujeres, malditas mujeres, Dios debería hacerlas con las bocas cosidas! Entre el ajeteo se escuchó un grito dolorido. El carnicero del puesto cercano a Zaquén y Mendibil, distraído por las risas de las mujeres, que aunque denostadas, atraían como un imán, al dar el tajo, se había hecho una fuerte maceración, al rebotar la azuela contra la densa madera de olivera, que le servía de apoyo. La sangre no brotaba, pero la carne estaba machacada y presentaba un feo aspecto.

—¡Maestro! —exclamó Mendibil—, la herida presenta muy mal aspecto, ¿por qué no lo curáis?

—Un médico debe esperar a que le soliciten sus servicios, si no ¿de qué vivirá?

—Pero maestro, éste es el hombre que vende la carne a vuestra madre —se escandalizó el discípulo.

Zaquén vaciló, mas al ver que el carnicero lo había reconocido, no tuvo más remedio que acercarse.

—Por hoy, tu trabajo se ha terminado. Deja a tu mujer y vente a lavarte la mano a la fuente.

Cuando el carnicero se hubo lavado bien, Zaquén le secó la mano

tumefacta y sacó un polvo amarillento con el que cubrió la herida.

Mendibil sorprendido preguntó:

—¿Azufre en una herida?

—No es azufre, ignorante, es alheña, tiene grandes virtudes cicatrizantes —volvió a meter de nuevo su mano en el zurrón, y sacando otros polvos, aclaró. —Es polvo de hojas de mirto, es excelente para apaciguar el dolor. Ahora saca una hila y cúbrele la mano como te enseñé ayer —y dirigiéndose al carnicero añadió—: Mañana ven a mi consulta y veré cómo está la herida. Otra vez, mira menos a las chicas y más a tu mujer.

Todos los últimos días de mes se reunían en casa de Zaquéen los intelectuales de Oriola. Era tradición, que en esta reunión, no se hiciera distinción de artes o ciencias, religiones o etnias. Todos en Oriola conocían esta costumbre, y si bien algunos godos, rehuían el ir, otros en cambio, no desdeñaban esta oportunidad de tratar con espíritus escogidos. Los más engraidos solían ser los escritores de historias. Los poetas y médicos solían ir a la par, mientras que los más humildes se encontraban entre los matemáticos, físicos y astrónomos. Una clase especial la integraban los filósofos; entre ellos unos acusaban a otros de no ser más que sofistas. Mientras que los escritores y poetas, solían echarse flores entre ellos, encomiando la belleza de lo escrito por el otro, si es que el aludido se encontraba presente; esas flores se volvían espinas, si el mencionado estaba ausente. Ni que decir tiene, que quienes más menospreciaban a los ausentes de su profesión, eran los médicos; pero sus palabras eran como el buen veneno, suave, melifluido y oculto entre falsas alabanzas.

Aquella noche se encontraba presente, un espíritu escogido, respetado en Toletum y en toda Hispania y del cual estaban pendientes todos los asistentes. Roberto de Tarraco, se distinguía por sus conocimientos matemáticos y, aunque parezca extraño, estaba reputado como un gran historiador. Presumía, además, de conocer muy bien el Islam, por haber pasado una temporada en Bagdad. Se encontraba de paso en Oriola, e ignoraba todo, de uno de los invitados. Tabari ab Sinan, quien a última hora decidió asistir a la reunión, aceptando la invitación que Zaquéen le hizo en su día.

Como era de suponer, dada la curiosidad que todos sentían por el Islam, por ser más bien desconocida esta religión, el centro de la reunión tendría que ser Tabari, y su oponente, desde luego, Roberto de Tarraco:

—Me he permitido traer para mostraros estos libros —dijo Tabari ab

Sinán—, caso de que no tengáis copia, podríais pedir que os hicieran una.

La curiosidad se disparó al instante, y todos los presentes daban exclamaciones de asombro y alegría. Muchos de ellos, habían oído hablar de los libros o de sus autores, pero en la negra noche de barbarie que siguió a la caída del imperio romano, todos o casi todos los libros del saber heleno y romano habían sido destruidos.

Ante sus ojos admirados, Tabari fue dejando sobre la mesa *Las epidemias* de Hipócrates, uno de los tratados de Galeno sobre el pulso, así como el *Sistema Galénico de Patología*. *El Continente* escrito por El Razi donde describe la viruela y el sarampión, y por último, un tratado de cirugía menor, tumores, heridas y venenos de Olibasios.

—Zaquén, te dejo estos libros para que hagas copias. Trátalos como a la niña de tus ojos y devuélvemelos lo antes posible. Todos los presentes son testigos del tesoro que deposito en tus manos. Durante el combate naval en que fui hecho prisionero, se perdieron otras obras maestras de Hipócrates, Pablo de Egina, *Las sangrías* de Galeno, obras de cirugía de Pablo de Tralles, tratados de Euclides, Aristóteles y Ptolomeo. Media vida se me fue con ellos, por eso os pido que hagáis varias copias de lo que me queda, pues el conocimiento de nuestros mayores es sagrado y debe conservarse.

—Sabio Tabaris, ¿eres experto en tantas ciencias, como los libros que has nombrado indican? —preguntó Roberto de Tarraco.

—Bien quisiera yo. Los he leído en mi gran curiosidad, pero nada más. Conozco un poco del Corán y trato de interpretar el significado que daba el Profeta a muchos de sus versículos, pues con frecuencia, el significado de algún versículo parece oponerse a otros.

—¿Podrías ponernos algún ejemplo? —volvió a preguntar Roberto de Tarraco.

—Veréis, hay muchos que se preguntan, si los islamitas podemos o no ser amigos de los cristianos y judíos. Pues bien, quienes defienden la amistad entre los seguidores de las tres religiones, recitan el versículo en el que el Profeta dice: «¿Quién siente aversión por la religión de Abraham, sino el insensato?»; mientras que los que se oponen a esta amistad, aducen en su contra el otro versículo en que el Profeta dice: «¡Oh vosotros los creyentes! No toméis por amigos a los judíos y los cristianos; son amigos los unos de los otros. Quien los toma por amigos es de los suyos. Dios no dirige el pueblo injusto». Ahora vengo yo a vivir entre vosotros y observo que, los cristianos son enemigos de los judíos, pues por lo menos, como a enemigos los tratan, pero el Profeta en el anterior versículo, nos dice que los judíos y cristianos son amigos, ¡vosotros comprendéis, cuán difícil es interpretarlo todo! —terminó Tabari su larga exposición.

El parto de Eguilona había sido perfecto. Pese a asistirle una comadrona, el Comes había insistido en que Zaquén estuviese presente y éste acompañado por Mendibil, estuvo guiando los pasos de la comadrona y ayudando cuando se precisaba.

El niño, pues de un varón se trataba, vino al mundo sin apenas sufrir, su cabecita estuvo poco tiempo coronada y se deformó muy poco. Salió limpiamente de la madre sin producirle desgarraduras como sucedía en aquellos niños anormalmente grandes.

Nació llorando y no fue preciso pegarle en la nalga, para estimular sus pulmones a ponerse en funcionamiento. Era un niño guapo y su padre lo enseñó a todos lleno de orgullo y alegría. La madre, tras los calostros, tenía abundante leche y pudo amamantar a su hijo sin necesidad de recurrir a una nodriza. Por ello, la tragedia fue mayor, cuando al amanecer de su cuarto día, al ir a despertarlo para darle el pecho, su madre vio que no reaccionaba y comprobó que estaba muerto. Cuando Zaquén llegó, nada pudo hacer salvo constatar que el niño había muerto por asfixia, al aspirar sus propios vómitos. Con toda seguridad, el niño debía de estar durmiendo boca arriba, al venirle el vómito, y al no tener fuerza para moverse o girar la cabeza, se ahogó.

Fue muy duro para Zaquén simular ante el Comes y Eguilona que no sabía cómo había muerto. Al interrogante de los padres de ¿por qué, por qué? —él decidió quedar como ignorante, a añadir el dolor de la culpabilidad, al que ya sufrían con la pérdida del primogénito. Habría sido muy fácil explicar que un bebé siempre tiene que estar de costado en la cuna, precisamente para evitar lo que había sucedido. Además, al haberse empeñado Eguilona en cuidar ella personalmente al niño, no quedaba la salida de cargar la culpa a la niñera.

Únicamente le quedó, mientras los demás cristianos rezaban por el niño muerto, en voz baja y sentida entonar un *kaddish*¹ a Jehová por el alma del primogénito de su amigo Teodomiro.

La llegada de dos naves cartaginesas con su racimo de cadáveres vivientes, coincidió con la estancia de Zaquén y su discípulo en Portus Ilicitanus, así que el exarca del puerto, le rogó que atendiese a aquellos desdichados.

La salida de Carthago fue tan precipitada que no les dio tiempo a avituallar los dos navíos. Unos pocos odres de agua se encontraban llenos, y los víveres muy racionados, apenas eran suficientes para alimentar a las personas embarcadas durante dos días. Al principio, un viento de levante frescachón, les hizo esperar que en tres o cuatro días

1 *Kaddish*: Oración hebrea por los difuntos.

podrían llegar a Hispania, mas a las pocas horas, el viento roló al sur, siendo su alegría mayor, pues Rávena se hallaba a no más de dos días de navegación. Se encontraba en la estación en que el clima es caprichoso y no tardó mucho en echarse una calma chicha, que dejó a la vela flácida colgar de su verga. Su desdicha fue tal, que durante más de veinticinco días fueron llevados y traídos por suaves brisas que constantemente borneaban, así que cuando pudieron alcanzar Portus Ilicitanus ya habían muerto más de diez personas de sed y desnutrición.

Cuando Zaquén subió a bordo, había muchos marineros intentando dar de comer a los griegos, y fue gritando, como el médico detuvo a los que creyendo hacer bien, de seguro causarían la muerte con la comida que pretendían hacer tragar a los hambrientos cartagineses.

—Sólo agua y zumo de naranja. Tal como se encuentran, sus estómagos son incapaces de digerir los alimentos —explicó Zaquén.

—Pero maestro, no ves que se están muriendo —se indignó Mendibil.

—Para poder sobrevivir tras muchos días de no tomar alimentos, la naturaleza hace que se produzcan grandes cambios en la composición de los humores. Si les dieses de comer lo que tú y yo tomamos, morirían —respondió Zaquén.

—¿Y qué hacemos con todos estos que parecen estar muertos? —preguntó Mendibil, quien por haberles tomado el pulso, con las palmas hacia arriba, y en la parte que las arterias están más a flor de piel, tal como le había enseñado el maestro, sabía que aún vivían—. Aunque lo intentemos, será imposible hacerles tragar nada.

—Sacar las cánulas, y démosles una lavativa de hidromiel, con suerte muchos de ellos se recuperarán.

Fue de este modo, gracias a los conocimientos de Zaquén como muchas de aquellas personas salvaron la vida.

El último bastión que separaba el reino godo de las fuerzas del Islam había sucumbido. Ante los musulimes se encontraba la Tingitania goda, de la que sólo una pequeña lengua de mar, la separaba de Hispania.

A Teodomiro la noticia le llegó mientras se encontraba sumido en una profunda desesperación, pues su hijo primogénito acababa de morir, a los pocos días de su nacimiento. La noticia no le causó ninguna sensación pues la esperaba y en su estado de ánimo, muy poco le importaba una desgracia más. Sin embargo, dio orden de que se cuidase a los griegos y que una vez repuestos de sus penalidades, se abasteciesen sus buques permitiéndoles zarpar para Itálica.

La muerte de su primer hijo fue un duro golpe para el Comes. El niño había nacido bien y nada permitía augurar su rápido fallecimiento.

Zaquén que asistió al parto de Eguilona, no se explicaba las causas y una y otra vez, aseguraba que el niño había nacido completamente sano.

El anciano Eurico estaba inconsolable, pues sus ansias eran muchas de volver a tener entre sus brazos una nueva carne de su carne.

El día era frío y lluvioso, por lo que todas las chimeneas de palacio estaban encendidas, y era tal el silencio que reinaba, que se podía escuchar el chisporroteo de los gruesos troncos en el fuego, sólo interrumpido por los sollozos contenidos que salían de la cámara de la madre; el año del Señor de 696, se despedía con tristeza de la casa de Teodomiro, hijo de Gabdus, Comes de Aurariola.

En enero, el frío se hizo más intenso y hubo días en que el agua se heló en los abrevaderos. Por primera vez desde hacía muchos años, no comenzaron a florecer los almendros en aquellos días como era lo corriente y el día veinticinco, toda la ciudad amaneció cubierta de nieve, mientras los montes reflejaban intensamente los rayos del sol sobre el manto que los cubría.

Más de la mitad de la población no había visto nunca la nieve, por lo que el júbilo reinó en todas partes, pese a que el día fue frío como nunca. Los niños jugaban por las calles, ebrios de gozo, entremezclados con los mayores, que olvidando sus años intervenían en sus juegos. Poco a poco, la nieve se fue ensuciando dentro de la ciudad, mientras los niños llorando entraban en sus casas ateridos de frío, para volver a salir de nuevo, mientras sus caras y manos se tornaban cada vez más rojas. Conforme fue avanzando el día y la nieve apelmazada de las calles se convertía en hielo, menudearon las caídas y más de uno terminó en manos de los físicos, quienes con hilas y clara de huevo reducían las fracturas inmovilizando el miembro herido.